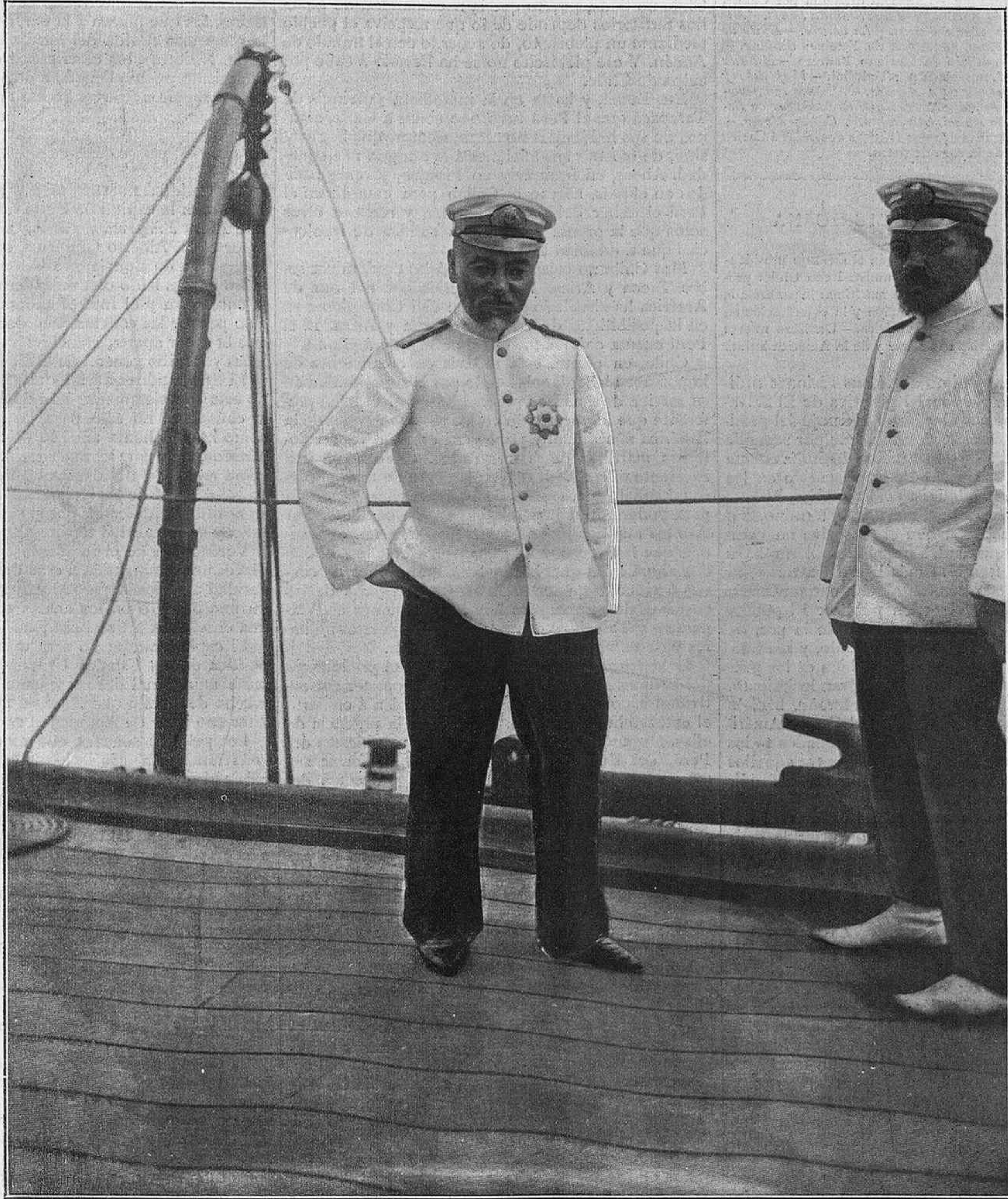


La Ilustración Artística

Año XXIV

BARCELONA 1.º DE MAYO DE 1905

Núm. 1.218



GUERRA RUSO-JAPONESA.—El almirante Togo en su buque almirante «Mikasa» (de fotografía)

Es una de las figuras culminantes de la actual guerra. Hasta ahora la victoria le ha acompañado siempre, y á él puede decirse que se deben los grandes éxitos obtenidos por el Japón; pues sin los triunfos navales por él obtenidos, los ejércitos japoneses del continente no hubieran podido obrar con la seguridad y libertad de movimientos con que han obrado en sus operaciones terrestres. Pronto tendrá ocasión de entrar nuevamente en acción: la escuadra rusa de Rojestvenski se encuentra ya en los mares del Extremo Oriente, y no tardará seguramente en librarse un empeñado combate que necesariamente ha de tener gran influencia en el curso ulterior de la guerra.



Texto.—Revista hispano-americana, por R. Beltrán Rózpide. — *Recuerdo de una Semana Santa* (De las memorias de un madrileño), por Angel R. Chaves. — *El escultor noruego Esteban Sinding*, por Max Orbón. — *Tipos madrileños. Sebastián* (Vida milagrosa), por Juan Valero de Tornos. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa*. — *Viaje de los reyes de Inglaterra a Argelia*. — *Noticias de Bellas Artes*. — *Problema de ajedrez*. — *Un divorcio*, novela ilustrada (continuación). — *Cómo se cogen las fieras*, por Carlos Mayer. — Libros enviados á esta Redacción.

Grabados.— *Guerra ruso-japonesa. El almirante Togo en su buque almirante Mikasa*. — *La bahía de Camranh, posesión francesa, en donde ha hecho escala la escuadra rusa del almirante Rojestvensky*. — *Depósito de carbón en la bahía de Camranh*. — *Sitio de Puerto-Arthur. Muertos en cumplimiento del deber*. — *Prisioneros rusos después de la batalla de Mubden*. — *Una representación teatral japonesa en Puerto-Arthur, después de la capitulación*. — *Cabecera dibujada por Camps que ilustra el artículo Recuerdos de una Semana Santa*. — *Esteban Sinding*. — *La madre Tierra*. — *La abuela*. — *Busto de anciana*. — *La Walkiria*, esculturas de Esteban Sinding. — *La feria de Sevilla*, dibujo de Mariano Pedrero. — *Estatua del papa León XIII*, modelada por Tadolini. — *Viaje del rey Eduardo VII de Inglaterra á Argelia*. — *Medalla conmemorativa acuñada en la Fábrica Nacional de Medallas de Bellagamba y Rossi, de Buenos Aires*. — *Mr. Carlos Mayer*. — Reproducción de algunas escenas trágicas ocurridas á Carlos Mayer con motivo de la caza de fieras.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

El Salvador: la situación del país, según el mensaje presidencial. — *Bolivia*: el tratado de paz y amistad con Chile: protesta del Perú: Chile como potencia marítima: la paz armada en la América del Sur: la inmigración y la colonización en Chile. — El idioma español en América. — Un libro nuevo: el porvenir de la América del Norte y de la América latina.

En 18 de febrero último abrió sus sesiones ordinarias la Asamblea Nacional legislativa de El Salvador. En el solemne acto leyóse el Mensaje del presidente de la República Sr. Escalón, que por segunda vez, durante su período constitucional, rendía cuenta de los principales actos del Poder ejecutivo en los diversos ramos de la administración pública.

El presidente hacía constar en primer término, con justificada complacencia, que el país vive en completa calma y tranquilidad, sin que el gobierno haya tenido que hacer frente al más ligero trastorno, ni que emplear tampoco medida alguna extraordinaria para la conservación del orden público. El pueblo salvadoreño ha palpado las ventajas de la paz, de que hace algún tiempo viene disfrutando, y se esmera en conservarla, como el supremo bien de los pueblos y base imprescindible de su engrandecimiento.

Y eso que decía del pueblo salvadoreño, hacía igualmente extensivo á los demás del Centro-América y, á los gobiernos que los rigen, empeñados todos en mantener la armonía y cordialidad entre aquellos Estados, que tarde ó temprano tendrán que fundir sus destinos en uno solo.

Vemos, pues, que persiste, y en documentos oficiales se declara, la aspiración á constituir la gran República Centroamericana. Es el ideal de todos los políticos eminentes en esta región del Nuevo Mundo.

Señalaba también el Sr. Escalón los importantes trabajos y mejoras que se han llevado á cabo, especialmente en el ramo de Fomento. La Exposición Nacional, verificada á mediados del año próximo pasado, vino á poner de manifiesto cuanto en el país hay digno de conocerse; los extranjeros que la visitaron expresaban su admiración, no sólo por la cantidad, sino por la calidad de los objetos expuestos.

La situación financiera es buena. No pesa hoy sobre la nación más deuda exterior que la resultante de la reclamación Burrell, que importa 353.145'59 pesos de principal y 99.889'72 de intereses reconocidos desde la fecha del arreglo celebrado en Washington hasta la total cancelación de la Deuda, en un período de siete años.

Todas las rentas, sin excepción, han producido en 1904 mayor rendimiento que en el año anterior. Esto acusa un notable aumento de la vitalidad del país, que parece ir saliendo ya de la aguda crisis por que viene atravesando desde hace más de ocho años.

Riesco y Montes, los presidentes de Chile y de Bolivia, han tenido una conferencia para saludarse y

congratularse por el reciente tratado de paz y amistad entre ambos países. Pero no se avistaron; se oyeron. La conferencia fué telefónica. Atravesando desiertos y montañas, pasó la voz de ambos presidentes desde Arica á La Paz y desde La Paz á Arica. «Por donde va este hilo—dijo Riesco á Montes—pronto irá un ferrocarril.»

Pero, ciertamente, no todos los bolivianos participan de la satisfacción que el tal tratado ha producido en el Presidente y su gobierno y en los adictos á él. El abandono de los derechos de Bolivia, la cesión del único litoral que tuvo la República, parece á muchos un hecho inverosímil. Dicen que el Sr. Montes ha vendido á Chile por un puñado de oro los derechos de la nación, como también se vendió por otros cuantos millones el país del Acre al Brasil.

El Perú ha protestado contra el convenio chileno-boliviano á que nos referimos. Fúndase en que sus derechos á los territorios de Tacna y Arica están afectados por la cláusula 3.^a al tratado, que dispone la construcción del ferrocarril, por cuenta de Chile, desde el puerto de Arica al Alto de la Paz. Eso, dicen los peruanos, es ejercer actos de soberanía, que Chile no tiene, puesto que la nacionalidad de aquellos territorios depende de lo que resuelva el pueblo mediante un plebiscito, de acuerdo con el tratado de Ancón. Y ese plebiscito no se ha llevado á cabo por culpa de Chile.

En Tacna, y hasta en la inmediata provincia de Tarapacá que el Perú tuvo que ceder á Chile, algunos de sus habitantes no cesan, siempre que hay ocasión, de mostrar sus aficiones á la antigua nacionalidad. Ahora, en Iquique y en Pisagua, jóvenes nacidos en el país, se van al Callao para cumplir en el Perú el deber del servicio militar, y realizan otros actos que la prensa de Santiago califica de insolencias que no debían tolerarse.

Mas Chile no cesa en su propósito de dominar sobre Tacna y Arica. Por los periódicos del Sur de América ha circulado esta frase: «Ni Chile piensa ya en la posibilidad de devolver Tacna y Arica, ni el Perú cuenta con los medios de obligarle á ello...»

Chile, en efecto, está todavía en condiciones de imponerse al Perú, sobre todo por la superioridad de su marina de guerra. Procura conservar el lugar preferente que ha alcanzado en las fuerzas navales de la América meridional y pone gran empeño en ser potencia marítima de primer orden. Cuenta con una excelente oficialidad, si bien la gente de mar, el personal subalterno, carece de la instrucción necesaria para poder entrar inmediatamente en combate. Por esto los marinos piden que se inviertan mayores sumas que las que hoy se gastan en ejercicios, limitados ahora á los que hacen las tripulaciones de cuatro ó cinco torpederos. Además, la defensa de las costas es deficiente; sólo hay fortificaciones en Valparaíso y Talcahuano, y faltan buenos puertos militares y de refugio en el Norte y en el Sur.

Las perturbaciones á que da origen el predominio del parlamentarismo han impedido acometer con actividad las obras precisas para poner bien á cubierto el extenso litoral chileno. Se reclama la urgencia de ellas, alegando las aspiraciones bien manifiestas del Perú, del Ecuador, de la Argentina á reforzar sus marinas de guerra, y sobre todo, los proyectos del Brasil para la renovación total y acrecentamiento de su escuadra.

Se trata de conseguir la hegemonía en la América del Sur y estamos en vísperas de un régimen de paz armada.

El tal régimen ha de exigir necesariamente nuevos y extraordinarios gastos, y con ellos, y por lo que á Chile se refiere, no ha de ser fácil realizar propósitos de otra índole. Nos referimos al renacimiento agrícola é industrial ya iniciado. Para que prosiga, es indispensable poblar grandes y fértiles territorios, estimular la inmigración y la colonización. Pero no habrá población suficiente, no habrá inmigrantes ni colonos, si Chile no se prepara bien para recibirlos. Y esta preparación no se consigue más que con buenas partidas en el presupuesto, restadas de las que se consignan para ejército y marina; partidas que permitan organizar excelente policía, abrir caminos, crear escuelas, etc. La prensa chilena se duele una y otra vez de los robos, asaltos y asesinatos que se cometen en los territorios destinados á colonias. Si no hay seguridad personal, todo fracasará. Irán á Chile algunos cuantos aventureros; pero no buenos inmigrantes, colonos honrados y trabajadores.

La proximidad de la conmemoración del tercer centenario de la aparición del *Quijote*, ha sido motivo de que en la América del Sur se publiquen exce-

lentes trabajos en defensa de la pureza de nuestro idioma.

En uno de ellos, inserto en *El Mercurio*, de Santiago de Chile, el Sr. B. V. S., que lo firma, duelese del mal español con que escriben algunos suramericanos, y cita, como «modelo» párrafos de un diario argentino. «Chile recién se echa á andar en el sentido del progreso después de un largo enquistamiento medioeval bajo la catalepsia bélica...» «La suba del porque sí» es el alza inmotivada de ciertos valores... «Un plus de salud» quiere decir crecimiento de la riqueza.

¿Será ese el nuevo idioma argentino? La verdad es, dice B. V. S., que el pobre Cervantes, entre Catulle Mendes y Gabriel d'Annunzio, queda como Jesús entre el bueno y el mal ladrón. «Defendamos, añade, el idioma de Castilla hoy más que nunca. Hoy cumple *Don Quijote* su tercer siglo de gloria incomparable. ¿Qué es ese libro sino el monumento más puro de un idioma inmortal? El idioma es la única promesa que le queda á la raza española de volver al dominio del mundo. De los diversos pueblos que salieron de Roma y tomaron rumbos variados por las márgenes del Mediterráneo llevando ramas del árbol latino, los que fueron á la península ibérica llevaron la rama más florida del lenguaje y supieron conservarla. Nosotros, los americanos del Sur, que somos ese mismo pueblo llegado á otro punto del orbe, debemos seguir conservando esa rama florida.»

Ha venido á nuestras manos un libro precioso, publicado en la capital de Chile á fines de 1904. Titúlase *Notas é impresiones de los Estados Unidos*, y su autor es D. Alberto Gutiérrez, antiguo secretario de la legación de Bolivia en Washington.

Lo hemos leído con verdadero deleite, no sólo por la enseñanza y el interés extraordinario que ofrece, sino porque las conclusiones deducidas de los datos que el autor aporta, coinciden en gran parte con las ideas y sentido general de estas *Revistas*.

El Sr. Gutiérrez afirma que el continente americano está completamente cerrado á la colonización y á la conquista, no sólo para las potencias europeas, como hace ochenta años lo proclamó el presidente Monroe, sino para los americanos del Norte también, como resultado del desarrollo natural y del espíritu de solidaridad de las naciones latinas que las ponen en aptitud de defender por sí solas su autonomía política y su integridad territorial.

Verdad es que el incidente sombrío de Panamá parece una desmentida á esas declamaciones de solidaridad americana; pero hay que dejarlo pasar como un punto negro en los anales diplomáticos y como una enseñanza provechosa para lo porvenir.

El capital yanqui no será más afortunado que la política de los Estados Unidos para dominar en la parte meridional del continente. Su comercio, por mucho desarrollo que obtenga, tampoco podrá supe-ditar en el Sur de América al comercio europeo.

Los peligros sociales que amenazan á los norteamericanos son más intensos que los que á los demás países abruma y amenazan. En un territorio relativamente poco poblado, se presentan síntomas propios de la densidad exuberante de las poblaciones europeas; por lo tanto, el malestar es más hondo y más graves los peligros futuros.

Luchando el país entre la opresión de los monopolios y la opresión de las tarifas proteccionistas, la solución económica no se ve posible.

Parece de una evidencia inconcusa que las sociedades humanas no pueden exceder cierto límite de perfección. A menudo los adelantos excesivos se producen en detrimento del bienestar general. La civilización crea mayores exigencias, y por lo tanto la condición de las masas desheredadas de la fortuna se hace más penosa.

La tierra suramericana está exenta de esas enfermedades y de esos peligros, y pasará acaso un siglo antes de que se produzcan esos accidentes propios de la edad madura y de una desproporción entre las necesidades y los medios de satisfacerlas.

En la densidad de las sombras que ocultan el porvenir de los países que han vivido bastante para ver desarrollarse á su vista toda la diversidad de las miserias sociales, surge como una promesa de bienestar la amplitud de ese continente suramericano, donde á estas horas es más que en ninguna parte posible alcanzar el grado mayor de bienestar que las condiciones de la vida terrestre hagan posible para la especie humana.

Tales son las últimas conclusiones del libro del Sr. Gutiérrez.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



No sé si me lo hará ver así el cariño con que vuelven á nuestra memoria los recuerdos de la infancia, pero se me antoja que por aquel tiempo—de los años de mil ochocientos cincuenta y tantos hablo ahora—las fiestas madrileñas tenían carácter más acentuado y color más castizo que el que aún conservan.

No estábamos ya entonces, ni muchísimo antes, libres de la invasión extranjera en lo que toca á modas y hasta á modales; pero como los ferrocarriles, que empezaban por aquellos días á hacer sus pinitos, no nos habían facilitado el medio de codearnos con frecuencia con franceses é ingleses, á lo propio nos acogíamos en muchas cosas, y el que vistieramos el *levisac* y el *carrík* no era obstáculo para que por dentro fuéramos bastante más españoles que ahora.

Una de las muestras de españolismo que á cada paso dábamos era el rendir culto á la tradición, no dejando clase alguna social de tomar parte, cada cual en la forma que más se acomodaba á sus gustos y aficiones, en las diversiones ó esparcimientos que el ritual de la costumbre imponía en cada una de las festividades que rezaba el calendario.

De éstas, como siempre para los pueblos católicos, fueron de las primeras y más solemnes las dispuestas por la que la Iglesia llama la «semana mayor.» Madrid solemnizaba los días de Jueves y Viernes Santo, si no con el boato y rumbosidad de Sevilla y Murcia, con un apego á los más rancieros usos, que éstos parecían cumplirse, no como dejándose llevar de espontáneo impulso, sino como el que realiza imprescindible deber.

Desde las diez de la mañana, en que las campanas lanzaban su último eco llamando á los fieles á los Oficios y los carruajes rezagados corrían á encerrarse en la cochera hasta el toque de Gloria, largas filas de gentes, ataviadas todas con sus mejores galas, se cruzaban en las calles, haciendo crujir con el mismo orgullo los volantes de su saya de engomada indiana la modesta menestrala, que los de la rica falda de *moaré antique* ó de *gro de Tours* la alcorniada dama, que tal vez sólo aquellos días ponía el altísimo tacón de sus zapatos de tabinete en el empedrado de la villa.

Eso sí, no todos los grupos llevaban la misma dirección, aunque sí un fin análogo. De ellos, unos, aquellos en que se destacaban encopetadas señoras de rico devocionario y rosario engarzado en oro y en los que descollaba algún uniforme de maestrante ó el secretario honorario de S. M., se dirigían á las Catedral y los Comendadores de Santiago, donde se celebraban los Oficios costeados por los caballeros de las órdenes y á los que no se podía asistir sino provisto de la tarjeta de invitación. Los otros más modestos iban á la parroquia ó la iglesia de su devoción, no sólo á oír con el mismo recogimiento las ceremonias religiosas, sino á ostentar con igual empeño galas que no por menos costosas eran menos estimadas.

Eso sí, para los madrileños era aquel día de trajín y faena capaz de cansar al más robusto cuerpo. De los Oficios había que ir, unos á presenciar el *lavatorio* en la capilla palatina, otros á oír el *Sermón del Mandato* en el Carmen Calzado ó San Ginés, y apenas llenados estos deberes y como quiera que ya fuesen las tres de la tarde, hora á que entonces se hacía la comida principal en las más de las casas, no había más remedio que trasegar el clásico potaje, con algunos platos de pescado de añadidura, y por supuesto, sin faltar como remate la melosa fuente de torrijas, postre imprescindible en tal día.

Y con el bocado en la boca se volvía á la tarea. En donde la cabeza femenina de la familia no estaba de peticionario en tal ó cual templo, de aquella hora á las cinco era el plazo que se tomaba para recorrer las estaciones, tarea que no era tan breve para los que por el ritual tenían que echar una ojeada á los magníficos tapices de la capilla del obispo, que sólo

el Jueves Santo estaban expuestos al público, ó visitar el monumento que estrenaban aquel año las monjas de San Plácido ó la histórica iglesia de Santa Cruz.

Tras ello á carrera abierta iba no poca gente á presenciar el paso de S. M. la reina doña Isabel II, que acompañada de su «amado esposo,» que decía luego la *Gaceta*, y rodeada de los individuos del gobierno y de la alta servidumbre, recorría los templos más próximos á palacio, ostentando la clásica mantilla que tan bien sentaba á su castizo empaque, y seguida de literas y sillas de mano de respeto por si su augusta planta no podía soportar las fatigas del breve trayecto.

No faltaba, sin embargo, quien más poltrón ó menos aficionado al boato y majeza de las exhibiciones palatinas, adonde tornaba de prisa y corriendo era á la Carrera de San Jerónimo, que, como ahora la calle de Alcalá, era el paseo obligado hasta que la noche tendía su negro manto sobre la coronada villa.

Allí el espectáculo que más fijaba la atención de cierta gente, y no la menos numerosa del público, era la presencia de los matadores escriturados para la temporada taurina que había de dar comienzo tres días después. El *Tato* y el *Gordito*, que habían llegado de Sevilla el miércoles, con sus chaquetillas de terciopelo verde ó color guinda, cargadas de botoncillos y cubiertas de filigrana de Córdoba, con su clásico *calañé* un poco inclinado hacia la ceja y sus ceñidos de vivos colores, compartían la admiración de los aficionados con la más severa figura de Cayetano, á cuyas negras patillas decía mejor que todo abigarramiento el traje obscuro que de ordinario vestía, sin más notas de relumbrón que la gran cadena que le daba vuelta al cuello y los botones de piedras de luces que le adornaban la pechera.

Pero pronto no quedaba á los toreros otro círculo que el de los recalcitrantes. La larga fila de hermosas mujeres que refuía á la Carrera se iba llevando la atención de todos, y aunque cansados de tan largo día de fatiga, no había quien se atreviera á dejar tal sitio hasta muy entrada la noche.

El final de ella se invertía en oír el sermón de Soledad, que aunque en todas partes se predicaba, á ninguna llevaba tanta concurrencia como á la parroquia de San Sebastián. De esto era causa el que al par que las galas oratorias del predicador, había otra cosa que admirar. En la capilla de la Novena, vulgarmente conocida por la de los cómicos, la sin par Matilde y la sin igual Teodora elegían siempre esa hora para hacer su peticionario, que llenaba las bandejas, no de napoleones, sino de peluconas y doblillos.

El Viernes Santo no era más descansado. La gente popular desde las primeras horas de la mañana estaba ya en jaque para no faltar á la tradicional y no poco profana romería de la Cara de Dios, y los más alcorniados no se daban punto de reposo si habían de asistir á la capilla de palacio ó repetir la asistencia á los Oficios en las iglesias privilegiadas.

Pero lo más clásico de todo era la tarde. La asistencia á la procesión del Santo Entierro; ver salir los *pasos* de Santo Tomás; señalarse unos espectadores á otros la simpática figura del duque de Medinaceli, que con su uniforme de maestrante de Ronda ó de Sevilla, no dejaba un solo año de acompañar al Nazareno de la iglesia de Jesús de su propiedad y patronato; enumerar el mérito de las esculturas de los *Azotes* y el *Eccehomo* que salían de San Juan de Dios, constituía un goce siempre nuevo para los buenos hijos de Madrid, goce que no anublaba en lo más mínimo el saber que sin sus carreras y sustos no había de irse á casa ningún ciudadano.

Cuando era que el *Cristo de los Guardias*, que desde la extinción de los de Corps llevaban á hombros los alabarderos, se torcía en la calle de Carretas, amenazando con su mole romper unas cuantas cabe-

zas; cuando que desmandado uno de los caballos de la recién creada guardia civil, se echaba encima de la multitud, lo cierto es que no se daba el caso de que una procesión de Viernes Santo acabara en completa paz y con entera tranquilidad.

El año á que me refero ahora y que desde que empecé estoy queriendo recordar cuál fuese, la balumba y escándalo fué mayor que ninguno.

El que el cielo estuviera encapotado y amenazador desde media mañana, no había quitado para que el concurso fuese tan numeroso como siempre.

La procesión se había organizado con las dificultades que ofrecían siempre las cuestiones de etiqueta surgidas á última hora; pero á la señalada se había puesto en marcha la larga fila de mangas y pendones de las parroquias, siguiendo tras ellos los *pasos* con su acompañamiento acostumbrado.

El trayecto se había hecho con una regularidad inusitada; pero de pronto, al pasar el cortejo por la Plaza Mayor y cerca del Arco de Toledo, sin que hasta ahora se haya podido saber la causa, la multitud comenzó á desgranarse á carrera abierta, las santas imágenes vacilaron en los hombros de sus piadosos conductores y la tropa que formaba la carrera, viéndose arrollada, comenzó á ponerse sobre las armas en actitud poco tranquilizadora para el ya amedrentado concurso.

Quién decía que se habían oído tiros hacia la Plaza de la Cebada, quién aseguraba que á sus oídos habían llegado distintos gritos subversivos, y los que menos, afirmaban que un audaz ratero había robado profanamente una de las más valiosas alhajas de uno de los sacrosantos simulacros que de la procesión formaba parte.

El hecho es que en la desbandada había ya brazos y piernas rotos, cabezas abiertas y síncope y desmayos que habían de dar que hacer á los boticarios, que eran los que entonces suplían á las modernas casas de socorro, cuando tal vez más por suerte que por desgracia, un incidente acabó como por ensalmo con tanto susto y tanta congoja.

Las cárdenas nubes, que cada vez se habían ido haciendo más densas, descargando de pronto en indescriptible aguacero, hicieron que los temores tal vez imaginarios se desvanecieran para cuidar del más serio peligro de quedar convertido cada cual en una sopa. Punto menos que abandonados los *pasos*, comenzaron éstos á buscar refugio en las más cercanas iglesias, siendo de ver bandadas de sacerdotes que recogidos con una mano los balandranes y asegurándose con la otra los bonetes que arrebatada el huracanado vendabal, saltaban arroyos y esquivaban baches huyendo como corzos.

Las tropas, siempre con los fusiles á la funerala, abandonaban el paso regular para tomar el redoblado, y lujosas damas y endomingados menestrales corrían hacia sus casas, ni más ni menos que si alguno de los toros enchiquerados para la corrida inaugural se hubiese escapado tomando el camino de la villa.

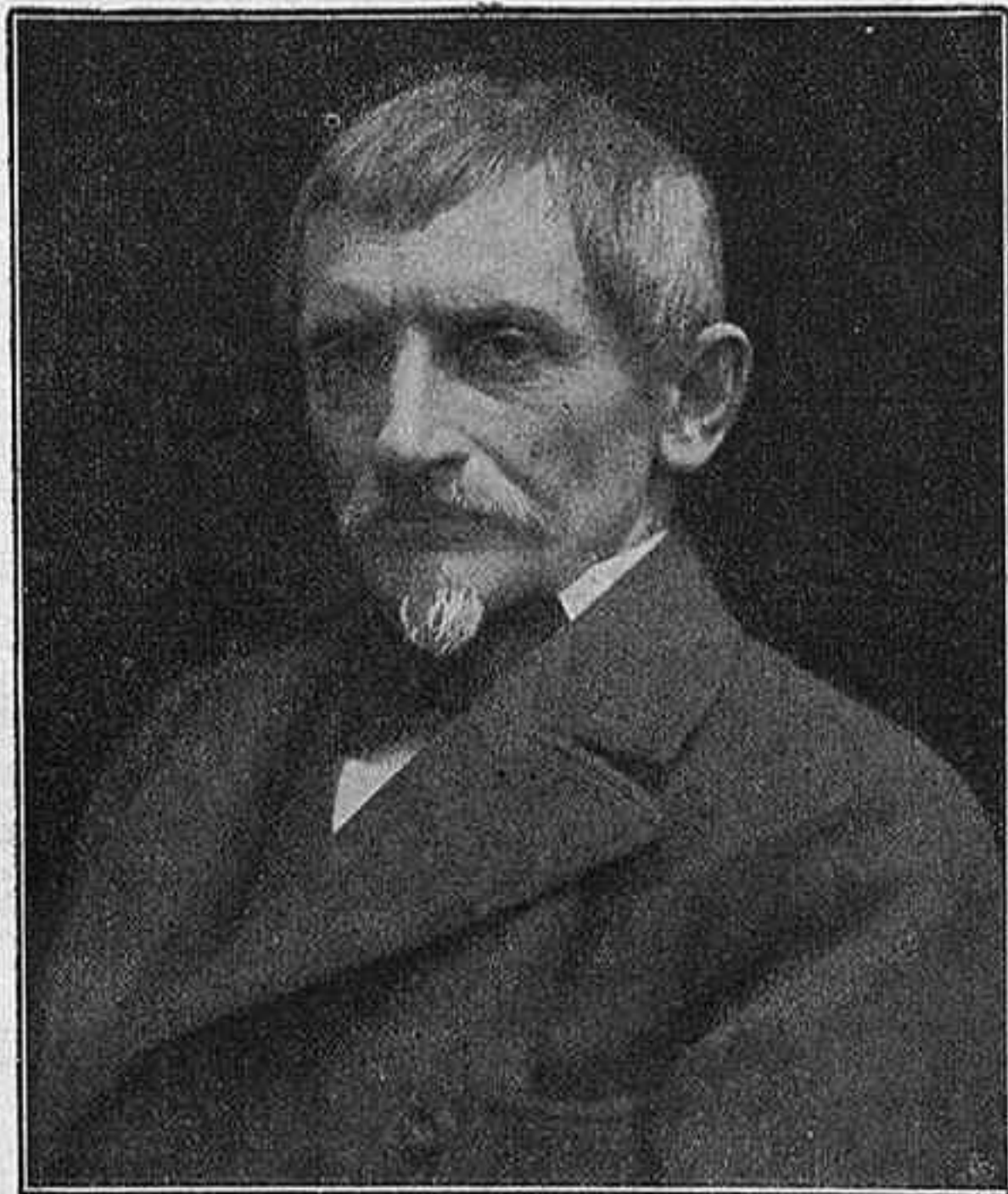
Momentos después las calles de la coronada villa y corte, en vez del alegre aspecto que tenían momentos antes, tomaban el de los días de alborotado motín ó sería revolución, en que nadie era osado á asomar las narices á la vía pública.

Pero lo que son las cosas. Como la nube, más que de persistente temporal, no había tenido otro alcance que el de chubasco de verano, apenas asomó en el horizonte un débil rayo del ya moribundo sol, todo el mundo volvió á echarse á la calle, y olvidando los sustos de la imaginaria algarada y el chapuzón del más verídico y real aguacero, volvió á llenarse la Carrera de San Jerónimo de gente, y con la animación y el gusto de siempre terminó aquel Viernes Santo, que no parecía cargado sino de catástrofes y atropellos.

ANGEL R. CHAVES.

El notable escultor noruego Esteban Sinding

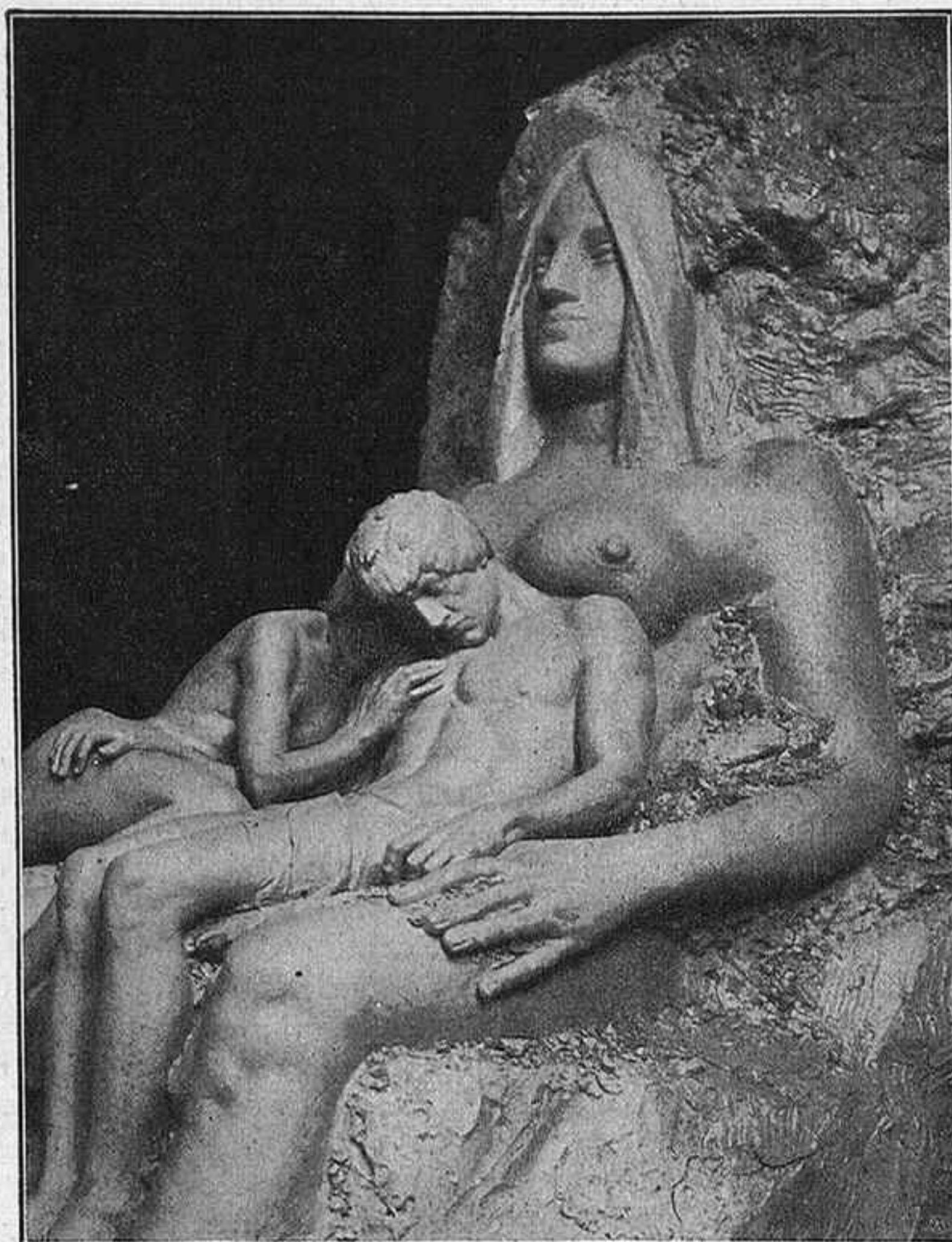
Desde los días del gran danés Bartel Thorwaldsen, ningún escultor del Norte ha alcanzado fuera de su



ESTEBAN SINDING

patria tanta celebridad como el noruego Esteban Sinding. El desenvolvimiento de la plástica escandinava durante el período que separa ambas personalidades se ha realizado silenciosamente; sólo los extremos de la importante línea que de una á otra se extiende á través del siglo XIX, han atraído sobre ellos la atención del mundo artístico europeo.

Del mismo modo que Thorwaldsen reflejó en sus obras el modo de sentir y de pensar de su tiempo, allá por el año 1800, en las creaciones de Sinding se encuentra la expresión del espíritu de la actualidad, expuesta en el lenguaje abstracto de las formas puras; de suerte que, observando unas y otras, se ve la diferencia fundamental de ambas épocas. La época de la humanidad abarcándolo todo vió en el ideal de lo antiguo un modelo y un objetivo para el arte de todos los pueblos, y la plástica de Thorwaldsen representó la encarnación más pura de esta tendencia que siguieron también los escultores de los demás países. El período del individualismo, que llegó á su apogeo en 1900, determinó, á pesar de la intimidad



LA MADRE TIERRA, escultura de Esteban Sinding

cada vez mayor de las relaciones internacionales, el predominio en la esfera artística, y por ende en la escultura, de los particularismos nacionales, y entonces al lado del francés Rodin, del belga Meunier, de los alemanes Hildebrand y Klinger, intérpretes del alma de sus respectivos pueblos, surgió Esteban Sin-

ding como intérprete del alma de los pueblos septentrionales.

El estudio que durante muchos años hizo en Roma del arte clásico, únicamente le sirvió para perfeccionar su técnica: allí terminó la primera de sus obras capitales, *Madre de los bárbaros*, que afirmó su personalidad, y en la cual, aun teniendo como tiene tantos puntos de contacto con el arte antiguo, se observa el carácter especial de balada del Norte que el artista quiso que en ella prevaleciera.

Desde entonces, la característica de todas las esculturas de Sinding ha sido el estrecho enlace de la pureza de formas con la sensación íntima de la vida psíquica: la plástica es siempre el punto de partida, pero adquiere una significación importantísima por el sentimiento interno que en sus obras ha sabido imprimir el artista.

Esteban Sinding se dedicó al arte escultórico en edad relativamente madura. Nació en 4 de agosto de 1846 en Drontheim; su padre era un elevado funcionario público, y Esteban, deseoso de seguir también

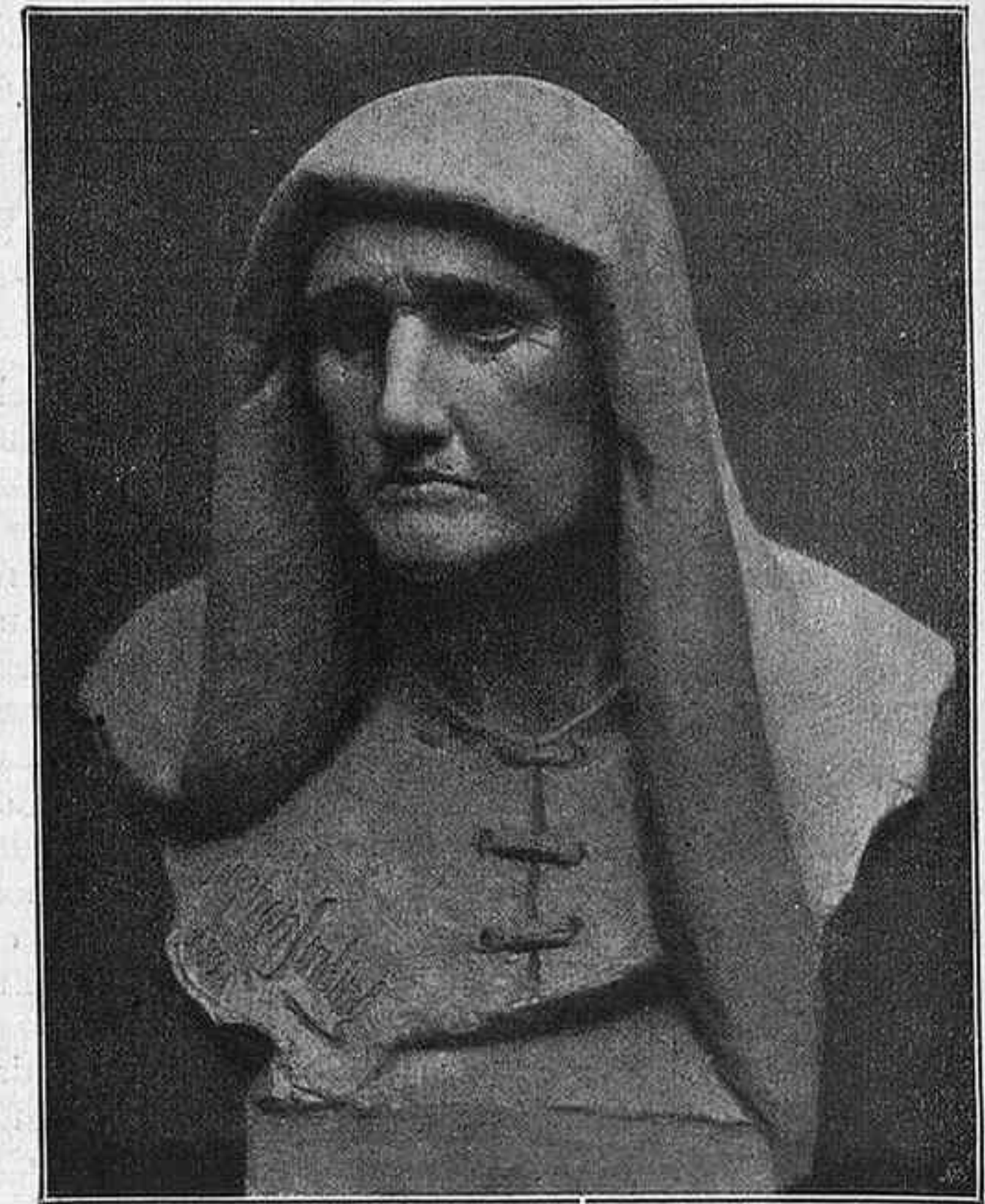


LA ABUELA, escultura de Esteban Sinding

la carrera de funcionario público, estudió Jurisprudencia en Cristianía. En 1870, cuando había ya salido airoso de todos sus exámenes, no pudo resistir sus aficiones artísticas, y en 1871 marchó á Berlín; allí entró en el taller de Alberto Wolff, en donde aprendió la técnica sólida que luego le ha servido de base para sus trabajos. Las enseñanzas de Wolff no ejercieron, sin embargo, gran influencia en el joven noruego; más influyó en él la plástica francesa que pudo estudiar directamente en París: el temperamento animado, la viveza pintoresca de los escultores franceses, abrieron ante sus ojos nuevos horizontes. Desde 1877 hasta 1883 estuvo Sinding en Roma, y allí completó y terminó el período de sus estudios y de sus viajes artísticos. Establecióse luego en Copenhague, la ciudad de Thorwaldsen, que fué su segunda patria y en la que se afirmó su personalidad artística. Allí ha producido sus principales

obras, en todas las cuales aparece cada vez más marcado el carácter septentrional que ya supo dar á su *Madre de los bárbaros*.

La nota dominante en sus creaciones es el respeto profundo con que en ellas están tratados la naturaleza y sobre todo la obra más admirable de ésta, el



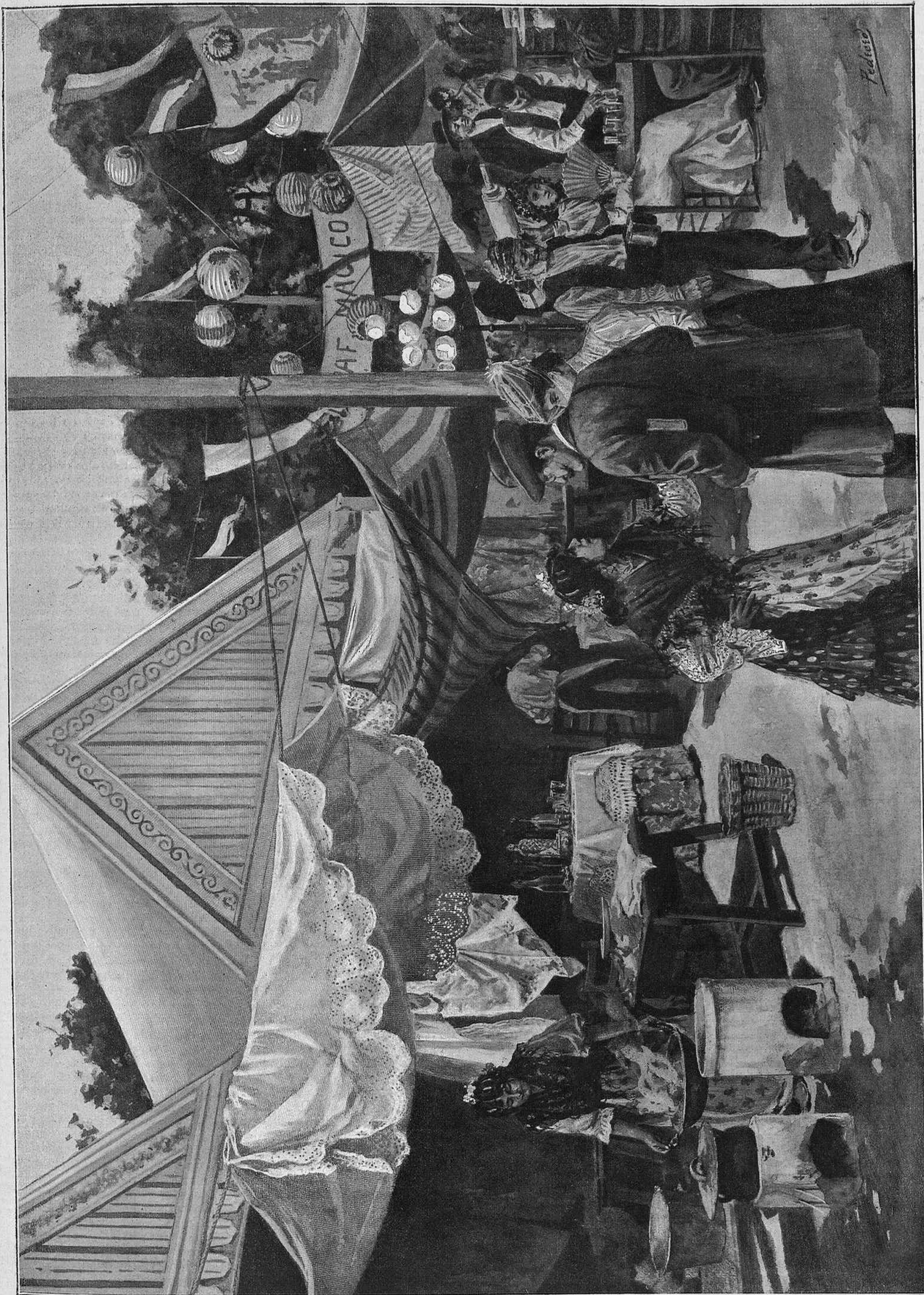
BUSTO DE ANCIANA, escultura de Esteban Sinding

cuerpo humano. No hay en ellas futilidades ni afectaciones; todo parece engendrado por el espíritu de un hombre que, pasando por encima de las pequeneces de la existencia ordinaria y de las contingencias de la realidad, eleva su mirada hasta los problemas y fenómenos finales; y al contemplar sus grupos y sus figuras, se recuerdan las palabras pronunciadas por Stauffer-Bern cuando abandonó la pintura por la escultura: «Entiendo que al trabajar en una obra plástica debe el artista sentirse como se sintió Dios en el sexto día de la creación.»

En las obras de Sinding hay un reposo monumental; sobre ellas parece extenderse un gran silencio, y el sentimiento que las anima, es un sentimiento tímido, por decirlo así, demasiado casto y demasiado hondo para exteriorizarse en gestos violentos. Sus figuras no manifiestan á voces, permítasenos la palabra, lo que sienten, sino que despiertan leve y silenciosamente en quien las contempla sentimientos afines. Los cuerpos humanos por él esculpidos no tienen conexión alguna con el modelo; los atractivos materiales del desnudo aparecen de tal modo espiritualizados, que casi resultan ásperos y por ende ahogan toda idea sensual que pudiera sugerir su contemplación. Tal sucede con uno de sus más famosos grupos, *Dos seres humanos*, en el cual expresa el amor del hombre y la mujer: la enamorada pareja produce la impresión, no del caso aislado, sino la del amor tipo, la de ese impulso que atrae desde que el mundo existe á los dos sexos para cumplir la misión de perpetuarse que Dios y la naturaleza han impuesto á la humanidad.

Otra de sus más importantes obras de este género es *La madre Tierra* que en esta página reproducimos: las tres figuras que componen el grupo constituyen un símbolo de alta significación, avalorado por una grandiosidad y sinceridad plásticas admirables.

El busto de una anciana, que también reproducimos, es asimismo notable. Una vieja mendiga á quien Sinding veía diariamente pedir limosna por la calle, le inspiró esta obra; pero en las manos del escultor, la cabeza de aquella pobre mujer tomó el carácter de personificación de la ancianidad dolorida y resignada. Esta idealización de la realidad la encontramos también en su escultura *La abuela*: en la rígida monumentalidad de esta obra, en la que impresionan profundamente la simetría de la estructura, la noble actitud de las descarnadas manos y la espiritualización del rostro, ha llegado tal vez á la cúspide el arte de Sinding. En *La abuela*, lo propio que en la soberbia *Walkiria* (véase pág. 296), ha adoptado el artista la técnica de la escultura en madera que tan bien se amolda al espíritu del arte de los países septentrionales.—MAX ORBÓN.



COSTUMBRES ANDALUZAS.—LA FERIA DE SEVILLA, dibujo de Mariano Pedrero

La feria de Sevilla ha logrado fama universal: á ella acuden gentes de los más diversos países, á quienes maravillan las bellezas de aquella tierra sin par, aquel cielo de un azul purísimo, aquel aire embalsamado por los aromas de jazmines y azahares, aquella alegría que en todas partes reina, desbordándose de todos los corazones. El dibujo de Pedrero es una nota viviente, tomada del natural, y por ella puede apreciarse el aspecto pintoresco que ofrece el real de la feria, con sus tiendas entoldadas, sus típicos bañolerías, sus merenderos, sus toreros y sus gitanas; en suma, con todos los elementos que hacen de él un espectáculo hermoso bajo todos conceptos.

TIPOS MADRILEÑOS

SEBASTIÁN

(VIDA MILAGROSA)

Nació en Andalucía; ha estado en Ultramar; no fué casado, aunque vivió en compañía de una boleara; antes se pasa la vida sin comer que sin tomar café dos veces diarias; fuma papelillo; tiene retostada la yema del dedo grueso de la mano izquierda; larga la uña del meñique; lleva el sombrero flamante; se pone en invierno un pañuelo de seda por encima de la solapa del chaleco; gasta americana corta, cadena de reloj de níquel con una brújula por dije; al lado de la flamante americana, lleva un pantalón viejo desfilachado por los bajos; los tacones de las botas están deshermanados; nadie le conoce más que por Sebastián; actúa en la Puerta del Sol, Carrera de San Jerónimo y calle de Sevilla, y tiene por profesión la de sablista, corredor de negocios y gancho.

* * *

Bajo el primer aspecto, husmea las fisonomías cándidas que le parecen pertenecer á personas acomodadas.

• Tiene varias maneras de dar el alto.

Al ver desembocar por la calle de Alcalá un caballero de mediana edad, que se dirige al Ministerio de Hacienda, le interpela diciéndole:

—Amigo mío, hace mucho tiempo que no vemos á usted por la contaduría; ¿ha estado enfermo?..

El interpelado le manifiesta que, con efecto, hace tiempo que no va por la contaduría central y que no tiene el honor de recordar...

—No importa, replica nuestro héroe; hoy es para mí una verdadera providencia el encontrarle á usted. Tengo á mi mujer enferma con viruelas, un hijo con el garrotillo, yo tengo una afección á los riñones y necesitaría unas pesetas siquiera para medicinas.

Sebastián nos ha confesado que este sablazo, que él califica de hospitalario, le da resultado en un treinta por ciento de los casos.

El sablazo fúnebre es más difícil de efectuar, porque ha menester personas bien acomodadas y eminentemente religiosas, las que por desgracia van escaseando, según asegura Sebastián.

—Así y todo, á la puerta de las cuarenta horas, á la entrada del teatro Real y en la misa de las Calatravas, suele dar resultados.

Para llevarlo á cabo se abrocha la americana, se sube el cuello y escoge los días en que lleva dos ó tres sin afeitarse.

—¡Ah, señora!, dice dirigiéndose á una dama que baja de un carruaje particular á la puerta de un templo; vucencia que es tan caritativa no me dejará en la aflicción en que me encuentro; ha muerto mi hija y no tengo para enterrarla.

Este sablazo fúnebre produce cuando menos *veinte pesetas*; pero es menester tener mucha vista para no dirigirse dos veces á la misma persona, y perder algún tiempo para estudiar las costumbres religiosas de las víctimas.

Pero el sablazo fúnebre H, el verdaderamente pistonudo, es el dado á domicilio.

Necesita gran preparación: un año nada menos.

Se compra *La Correspondencia* todas las noches y se recortan las papeletas de los muertos de viso. Al año se presenta Sebastián en casa de la familia del difunto y manifiesta al criado que le abre la puerta que va á saludar á la familia de su amigo D. Fulano (aquí el nombre del muerto) en el día de su primer aniversario.

De cien casas, le reciben en treinta; con la cara más compungida que le es posible, manifiesta su dolor y añade que ha oído una misa por el eterno descanso del alma de su amigo.

La familia se conmueve, y si está ya consolada,

como sucede en muchos casos, por el bien parecer simula que se afecta.

Entonces Sebastián les manifiesta que hasta por egoísmo ha sentido la pérdida de su amigo Fulano, que le socorría con frecuencia, y que precisamente hace siete días que está pasando las mayores escaseces.

La familia, que considera que Sebastián viene de oír una misa al difunto, y á quien esto conmueve, ó debe conmover, acaba por entregarle un socorro que oscila entre dos y cinco duros.

Hay otro sablazo combinado con Bailly-Bailliere. Se divide Madrid por calles y se toman 365 notas

produce un gasto de capital inicial de algunos sobres, porque hay que llevarlos puestos para todos (la carta se aprovecha la misma), porque generalmente la devuelven, cuando no dan limosna, con un recado concebido poco más ó menos en estos términos: «Que lo siente mucho, pero que el señor tiene muchas atenciones.»

Cierto que todo esto produce á Sebastián muchos pasos y muchas subidas de escaleras; pero en cambio, por este solo concepto de sablista tiene una renta de cerca de dos duros, almuerza en el café de las Columnas, come en la Lealtad, va á los toros y hasta asiste y aplaude en el teatro Eslava.



ESTATUA DEL PAPA LEÓN XIII DESTINADA AL MONUMENTO FUNERARIO DE LA BASÍLICA DE SAN JUAN DE LETRÁN, DE ROMA, MODELADA POR EL ESCULTOR TADOLINI (de fotografía remitida por Carlos Abeniakar)

Cumpliendo la voluntad del difunto papa LEÓN XIII de ser enterrado en la basílica romana de San Juan de Letrán, se ha terminado el monumento en donde han de ser enterrados sus restos mortales. La estatua, que tiene tres metros de altura, representa á Su Santidad en actitud de bendecir al pueblo, y está modelada con gran acierto, así en cuanto al parecido y á la expresión del rostro del sapientísimo y bondadoso LEÓN XIII como en los ropajes, tratados con gran amplitud. A los lados del sarcófago sobre el cual se alza la estatua, hay las figuras de San Francisco de Asís y de Santo Tomás de Aquino. La altura total del monumento es de nueve metros.

con diez nombres propios cada una, de forma que al que se ataca en 1.º de enero de 1903, no se le vuelve á atacar hasta igual fecha de 1904, con lo cual se asegura el éxito por la novedad (esta frase es de Sebastián, que forma su nota de la siguiente manera):

DÍA 8 DE NOVIEMBRE DE 1903

Calle del Carmen

- D. Pascual López, abogado, n.º 17.
- D. Juan Fernández, rentista, n.º 15.
- D. Pedro Gómez, propietario, n.º 21.
- D. Juan González, comerciante, n.º 17.
- D. Elías Hernández, empleado, n.º 7.
- D. Antonio Blanco, propietario, n.º 9.
- D. Lesmes Berzosa, diputado, n.º 14.
- D. Juan Hernández, gentilhombre, n.º 7.
- D. Enrique García, brigadier retirado, n.º 11.
- D. Lucas Medrano, banquero, n.º 9.

Suplentes.—D. Fulano y D. Fulano, hasta cinco, para que, en caso de inutilizarse alguno de los de tanda, queden los diez útiles, que uno con otro, cuando menos, produce veinte reales en junto.

El sablazo combinado no es oral, es escrito, y

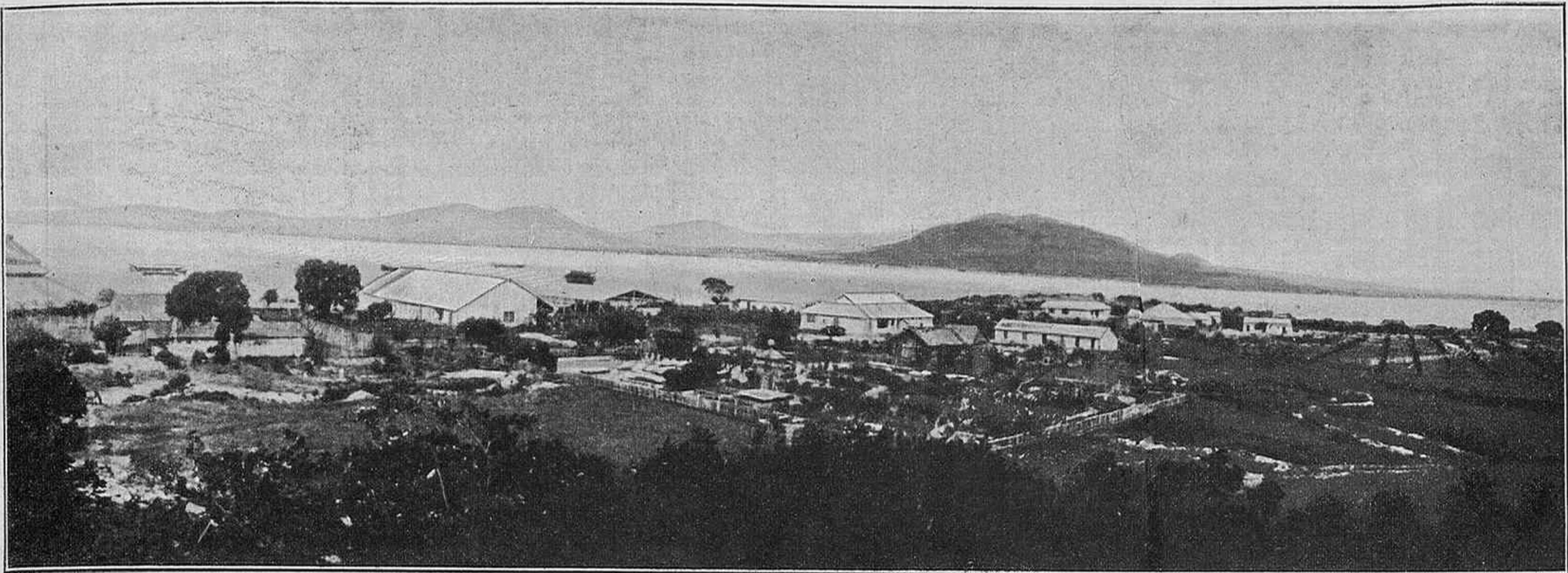
queme. Principia á tallar, y Sebastián, viéndole solo, se coloca enfrente para ayudarle y pagar, y nuestro provinciano, á quien para llamar de algún modo llamaremos D. Homobono, al ver á su amigo en aquella faena, apunta cuatro duros á una sota, que con efecto pierde á las tres cartas.

La presentación de D. Homobono y de varios como D. Homobono en aquella reunión de amigos produce á Sebastián algunas pesetas, y además, y en su condición de gancho, cobra algunas veces como *figureta*, aconseja á los puntos indecisos, manifestándoles el lado que se viene dando, lo que cuando ganan también le produce algunos cuartos y varios sones cuando pierden; sirve de testigo y para establecer jurisprudencia cuando hay duda sobre alguna postura ó se levanta un muerto, y, en una palabra, explota la torpeza, la caridad y los vicios de los hombres.

Algunas veces, al recorrer los últimos peldaños de la escala de la degradación, explota también las mujeres; entonces cambia de aspecto: se afeita el bigote y se peina á la sevillana.

Sebastián es un espíritu fuerte: no cree en los milagros, y sin embargo, vive de ellos.

JUAN VALERO DE TORNOS.



GUERRA RUSO-JAPONESA. — LA BAHÍA DE CAMRANH, POSESIÓN FRANCESA, EN DONDE HA HECHO ESCALA LA ESCUADRA RUSA DEL ALMIRANTE ROJESTVENSKY DANDO CON ELLO MOTIVO Á RECLAMACIONES DEL GOBIERNO DEL JAPÓN (de fotografía)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

La estancia de la escuadra rusa que manda el almirante Rojestvensky en la bahía de Camranh ha estado á punto de ocasionar un conflicto entre el Japón y Francia. Dicha bahía, que también se denomina de Camraigne, está situada en la costa de Anam, algo al Norte del cabo Padarán, y constituye una rada excelente de ocho kilómetros de largo por cuatro de ancho, en el centro de la cual hay lo que los marinos llaman una «hoya,» es decir, una concavidad natural de bastante profundidad para que puedan anclar en ella los mayores buques. La hoya de la bahía de Camranh tiene cuatro kilómetros de largo por dos de ancho y 10 metros de hondo.

Por si la escuadra rusa había permanecido en aquellas aguas francesas más tiempo del que las leyes de neutralidad consienten, la prensa japonesa acusó, en términos violentísimos, á Francia de haber violado aquellas leyes, y periódico de Tokio hubo que dijo que puesto que Francia se unía de una manera tan patente á Rusia, era llegada la hora de que el Japón pidiera á Inglaterra la cooperación que, según su tratado de alianza, debe prestarle en el caso de que intervenga en la guerra otra potencia en favor de su enemiga. Esta campaña de los diarios y la excitación de la opinión pública produjeron su efecto hasta cierto punto, puesto que el Mikado ordenó á su embajador en París, el Sr. Motono, que llamara la atención del ministro de Negocios Extranjeros señor Delcassé sobre la presencia de buques rusos delante de la bahía de Camranh; y aunque estas observaciones no han revestido el carácter agresivo que caracterizaba á los artículos de la prensa japonesa, no han dejado de revelar un estado de ánimo que la prensa francesa ha calificado de lamentable, tachando al propio tiempo de ligera la conducta del gobierno del Japón.

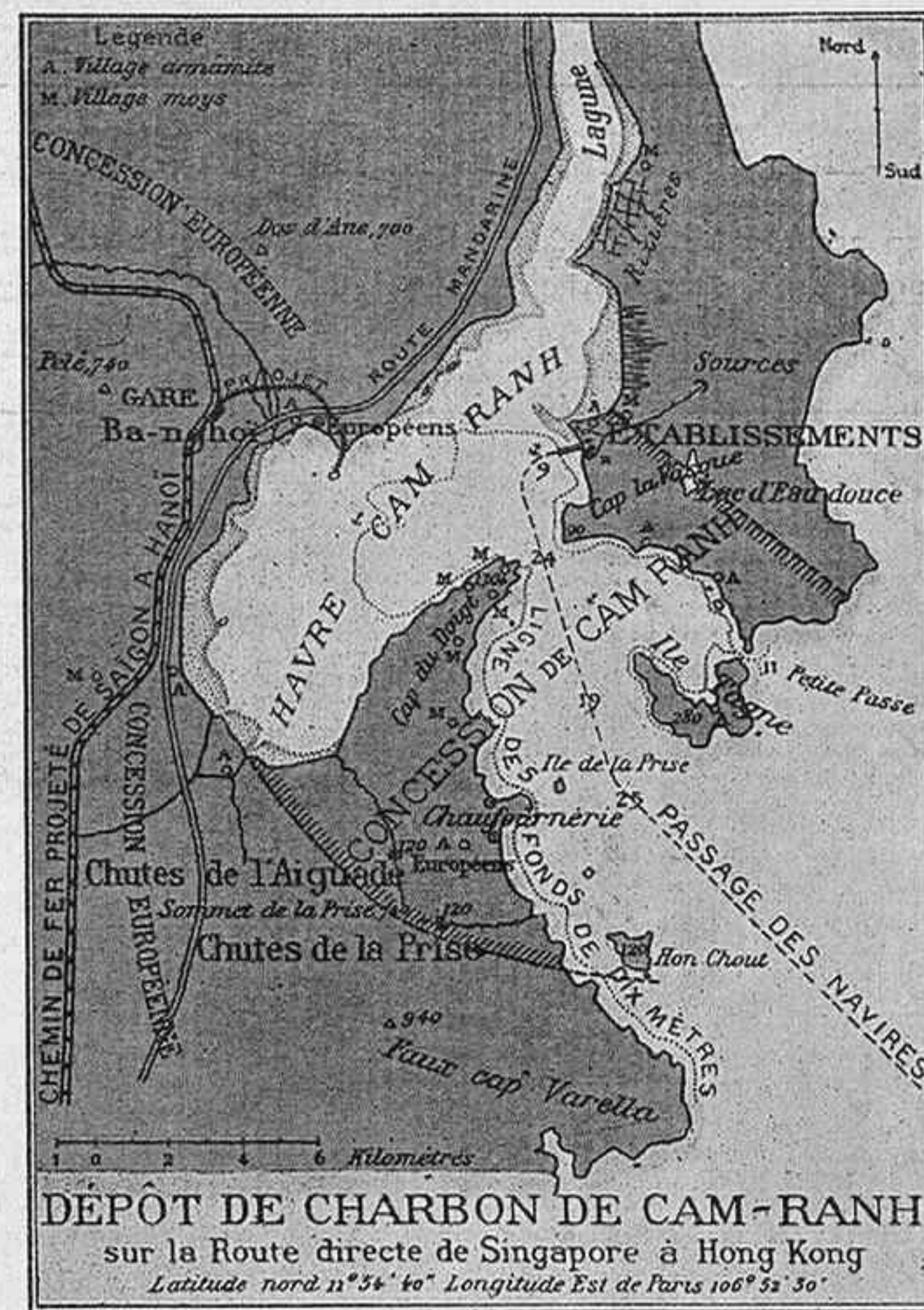
Los diarios de la vecina República han opuesto á los ataques de sus colegas nipones argumentos de bastante fuerza para demostrar que por parte de Francia no ha habido la menor violación de la neutralidad. Como se trata de un interesante problema de derecho internacional y como el incidente de ahora puede repetirse en otra ocasión cualquiera, creemos interesante reproducir algunos de dichos argumentos.

La permanencia de buques de guerra de un beligerante en aguas de un Estado neutral está sometida á ciertas condiciones, de las cuales la principal es la prohibición de proporcionar á aquéllos material de guerra ó carbón; pues bien, ni en Djibouti, ni en Madagascar, ni en Camranh, ha facilitado Francia material de guerra ni carbón á los barcos rusos.

Otra de las condiciones relativas á la permanencia de un beligerante en las aguas de un Estado neutral es que si se autoriza esta permanencia á una de las partes no puede negarse á la otra igual autorización; ahora bien, á mediados de marzo, dos cruceros japoneses entraron en una de las bahías de la Indo-China y en ella permanecieron todo el tiempo que tuvieron por conveniente. Por tanto, el mismo derecho corresponde ahora á los rusos.

Finalmente, la cuestión de las aguas territoriales no ha sido hasta ahora resuelta por ningún convenio internacional, y por ende, cada Estado puede aplicar

en esta materia sus propias disposiciones y reglamentos. Según las disposiciones que rigen en Francia y según sus propias declaraciones de neutralidad, la permanencia de buques beligerantes en aguas francesas no está sujeta á ningún límite mientras esos buques no vayan acompañados de alguna presa: la ley que limita á veinticuatro horas la hospitalidad que puede ofrecer un puerto neutral á una flota be-



GUERRA RUSO-JAPONESA. — Mapa de la bahía de Camranh, depósito de carbón situado en el camino directo de Singapur á Hong-Kong.

ligerante no es una ley internacional, como equivocadamente han supuesto algunos; Inglaterra y algunas otras naciones la han adoptado, pero Francia no, y por consiguiente los beligerantes pueden permanecer en aguas francesas todo el tiempo que quieran, dependiendo sólo de su buen tacto y de su prudencia el no prolongar demasiado esa permanencia.

Por otra parte, dicen algunos periódicos franceses: «¿Y son los japoneses los que nos acusan de haber violado las leyes de neutralidad, ellos, que no vacilaron en atacar, al comienzo de las hostilidades, en el puerto coreano de Chemulpo á dos buques rusos, y posteriormente á un torpedero de la misma nacionalidad en el puerto chino de Che-Fu?»

Puesta la cuestión en este terreno, habría podido originar un conflicto de difícil solución, si las potencias directa y aun indirectamente interesadas hubiesen continuado por el camino de las discusiones violentas, de las acusaciones y de las reclamaciones; pero afortunadamente el buen sentido y la prudencia se han impuesto á todos.

La siguiente declaración publicada por el ministerio de Negocios Extranjeros de Tokio resume y resuelve el conflicto iniciado:

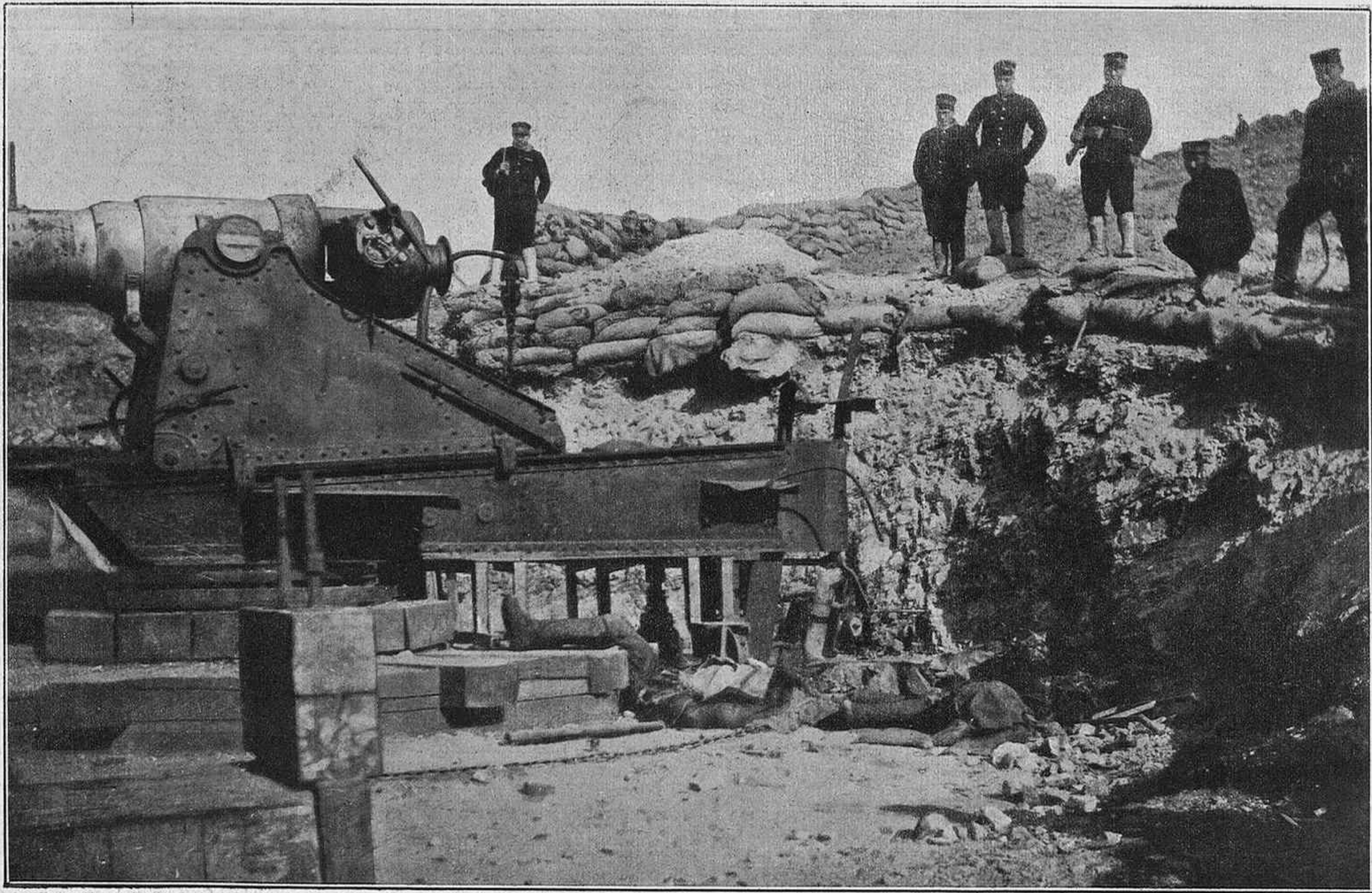
«El gobierno francés, al saber que la escuadra del Báltico había llegado á la bahía de Camranh, dió al gobernador de la Indo-China instrucciones para que hiciera cumplir las reglas de la neutralidad francesa. Posteriormente el gobierno japonés dirigió una protesta al gobierno francés y éste envió nuevas instrucciones especiales al gobernador, á fin de que las transmitiera á los rusos, invitándoles á abandonar las aguas territoriales francesas lo más pronto posible. El gobernador respondió por telegrama que había tomado todas las medidas necesarias conforme á las instrucciones recibidas. Al mismo tiempo se dirigió al gobierno ruso pidiéndole que enviara instrucciones al almirante Rojestvensky para que abandonara las aguas territoriales francesas. El gobierno ruso respondió que había enviado ya instrucciones en este sentido. El gobierno francés ha dado la seguridad de que ha adoptado y adoptará en lo sucesivo todas las medidas necesarias para que la neutralidad sea rigurosamente respetada.»

Las operaciones en la Mandchuria continúan en calma; los japoneses han hecho, sin embargo, algunos progresos, habiéndose apoderado de la población de Tong-Kuasián, situada en plena región montañosa, en el camino que conduce del valle del Kun-Ho al del Yalú, á 200 kilómetros al Este de Mukden, 260 al Norte de Kirín y 580 al Oeste de Vladivostok.

El gobierno ruso prosigue sin descanso la reconstitución de sus ejércitos en la Mandchuria. Después de la batalla de Mukden, han llegado allí las brigadas 3.^a y 4.^a de cazadores de Europa y el 4.^o cuerpo de ejército procedente de Minsk, ó sea un total de 48 batallones y 146 piezas de artillería; y á fines de abril habrán llegado además seis baterías de montaña (48 cañones) y el resto de la 10.^a división de caballería (18 sotnias).

Cuando haya recibido estos refuerzos, el general Linievitch dispondrá de 225 escuadrones, 420 batallones y 200 baterías. Si todas estas unidades estuvieran completas, los ejércitos rusos, sin contar la 8.^a división que guarnece Vladivostok y las fuerzas destinadas á la vigilancia del ferrocarril, tendrían un efectivo de 600.000 hombres, de ellos 500.000 combatientes.

Con el fin de que así resulte, el gobierno ruso ha decidido interrumpir hasta nueva orden el envío de nuevas unidades y reconstituir, en cambio, en pie de guerra todas las formaciones que en la actualidad se encuentran en el Extremo Oriente. A este efecto se propone utilizar, de una parte, los depósitos que han sido movilizadas durante la campaña y están formados por reservistas, y por otra las tropas activas que aún no han intervenido en la guerra. Gracias al elevadísimo contingente anual, Rusia dispone de recursos considerables: cuando empezaron las hostilidades, el ejército permanente se componía de 1.100.000 soldados, á los cuales podían añadirse 2.900.000 reservistas instruidos. De modo que si la situación interior del imperio no se agrava, Rusia posee medios para proporcionar continuamente á los cuerpos en operaciones los diferentes complementos que puedan necesitar.—R.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Sitio de Puerto-Arthur. Muertos en cumplimiento del deber (de fotografía)

Al pie de uno de los formidables cañones de sitio que los japoneses tenían instalados en los alrededores de Puerto-Arthur, se ven los cadáveres de dos artilleros; sus compañeros los contemplan con el respeto y la admiración que inspiran todos los que, cumpliendo uno de los más sagrados deberes, han dado su vida por la patria



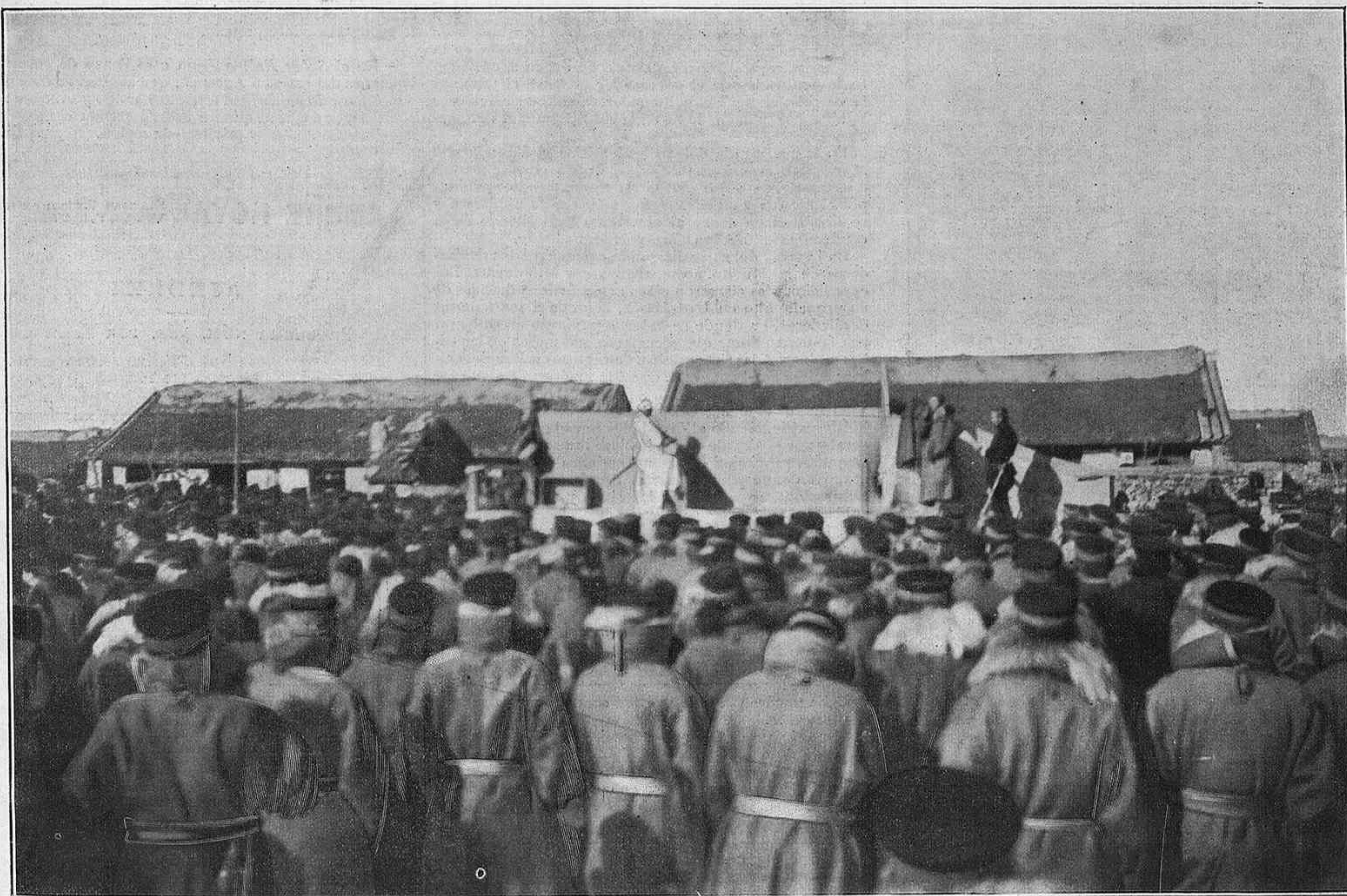
GUERRA RUSO-JAPONESA.—Prisioneros rusos después de la batalla de Mukden (de fotografía)

La batalla de Mukden ha sido la más sangrienta de la actual guerra: los rusos tuvieron en ella más de 100.000 bajas, entre ellas cerca de 50.000 prisioneros. La fotografía que reproducimos representa á estos prisioneros dirigiéndose hacia el Sur, para ser conducidos al Japón



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Cañón ruso capturado por los japoneses en Mukden (de fotografía)

El día 10 de marzo último los rusos evacuaron la ciudad de Mukden, no sin antes haber retirado la artillería, víveres y municiones que pudieron llevarse consigo é inutilizando lo demás. Algunos cañones de grueso calibre quedaron, sin embargo, en la plaza y de ellos se apoderaron los japoneses. Una de estas piezas es la que esta fotografía reproduce y al pie de la cual se ven todavía los cadáveres de dos soldados.

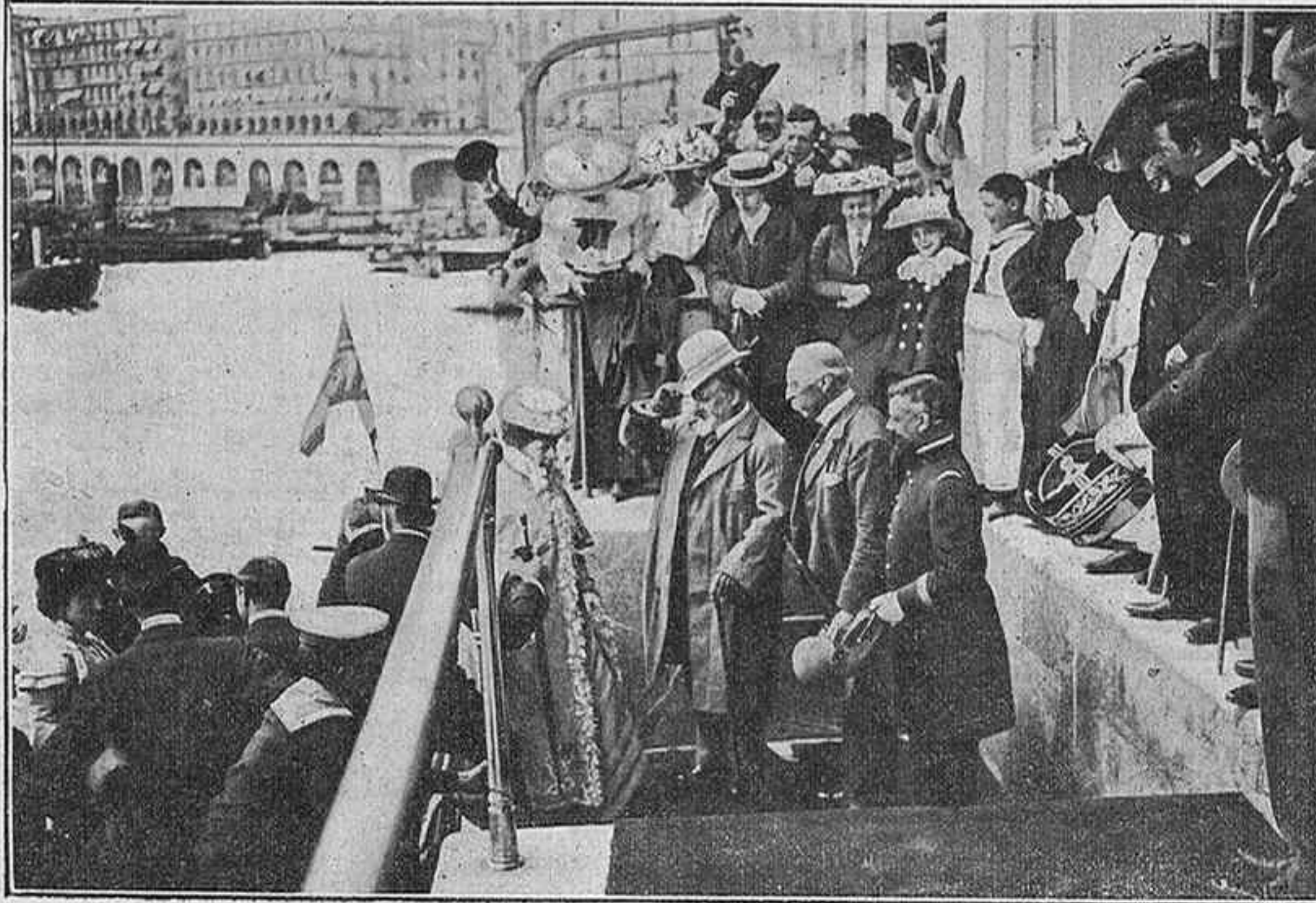


GUERRA RUSO-JAPONESA.—Una representación teatral japonesa en Puerto-Arthur, después de la capitulación (de fotografía)

Los japoneses celebraron la toma de Puerto-Arthur con varios festejos, tales como mascaradas, volatines y representaciones teatrales, que hicieron las delicias del ejército vencedor. Bien merecían estas expansiones los que durante tantos meses padecieron toda suerte de privaciones y soportaron las mayores fatigas, sólo comparables con el heroísmo de los que defendieron hasta el último momento la plaza con un valor y una tenacidad de que hay pocos ejemplos en la historia.

VIAJE DE LOS REYES DE INGLATERRA A ARGELIA

Como respuesta al viaje de Guillermo II de Alemania a Tánger debe considerarse el de Eduardo VII de Inglaterra a Argelia; y para que de ello no pudiera haber la menor duda,



VIAJE DEL REY EDUARDO VII DE INGLATERRA A ARGELIA. — El rey recibiendo a la reina Alejandra en el desembarcadero de Argel, acompañado del cónsul inglés mister Drummond-Hay y de la colonia británica (de fotografía de «Express-Photo-Reportage»)

el monarca inglés, al despedirse de las autoridades argelinas, pronunció las siguientes palabras: «Mi sobrino pasó dos horas en Tánger; pero yo he permanecido ocho días en Argelia, ó sea en Francia, y he quedado sumamente satisfecho,» frase que dicha por un soberano y en las circunstancias actuales tiene verdadera importancia.

El 16 al mediodía, llegó el yate real inglés *Victoria and Al-*

bert al puerto de Argel, acompañado de los buques de guerra *Suffolk* y *Aboukir*, y poco después desembarcó Eduardo VII en el *Almirantazgo*, dirigiéndose, en unión del príncipe de Dinamarca, su yerno, y del comandante de su yate, al palacio Mustafá, en donde le esperaba el gobernador. A las cinco regresó S. M. a bordo.

A las once y media del 17 desembarcaron el rey y la reina; visitaron la mezquita del morabito Sidi-Abd-Erramán y la exposición de arte musulmán organizada en la Mederra y almorzaron en el palacio de verano, invitados por el gobernador general de Argelia M. Jonnart. El almuerzo se celebró en el gran salón de fiestas, que estaba adornado con flores, follaje y tapices, y a él asis-

Los cuadros que constituyen su exhibición cubren por completo los paramentos del Salón Parés, y grato es para nosotros consignar que la calidad guarda perfecta relación con la cantidad. Así sus paisajes acuáticos como los estudios de interior honran al artista y pregonan su maestría y su portentosa producción. Meifren merece como artista consideración y simpatía, y nosotros que hace años nos contamos entre el número de sus amigos y admiradores, no le escaseamos los aplausos, con mayor motivo cuando hoy es digno de plácemes.

En el propio local figura un hermoso lienzo representando *La Anunciación*, obra del distinguido pintor José M.^a Tamburini, delicadamente concebido y galanamente ejecutado, demostrando una vez más su competencia para obtener de la paleta esas tonalidades que tanto contribuyen al encanto de composiciones que, como a la que nos referimos, sintetizan una creencia y expresan un símbolo, que enaltecen y dignifican.

— Los hermanos Julio y Ramón Borrell, dignos discípulos del respetable maestro D. Pedro, han organizado a su vez en su estudio de la calle de Aragón una exhibición de varias obras, cuadros al óleo, pinturas al pastel y dibujos, dignos también de



VIAJE DEL REY EDUARDO VII DE INGLATERRA A ARGELIA. — El rey visitando la célebre mezquita de Sidi-Abd-Erramán, en donde sólo pueden entrar los musulmanes (De fotografía de «Express-Photo-Reportage.»)

tieron cuarenta y un comensales. El rey entregó al gobernador el gran cordón de la orden real de Victoria y por la tarde toda la familia real paseó en automóviles por la llanura de Mitidja.

El 18 por la mañana, los soberanos ingleses acompañados por el gobernador, hicieron una expedición a Blida, y presenciaron, después del almuerzo, una fantasía militar. La lluvia les impidió visitar los desfiladeros de Chiffa, como tenían proyectado, y a las seis estaban de vuelta en Argel.

La mañana del 19 la pasaron los reyes de Inglaterra en su yate y por la tarde visitaron las curiosidades de Argel y recorrieron en automóvil los alrededores de la población, regresando a las siete a bordo, en donde estaba invitado a comer el gobernador general: al terminar la comida, el rey y el gobernador cambiaron afectuosos brindis. Por la noche hubo en la ciudad grandes iluminaciones.

En la madrugada del 20 levó anclas el *Victoria and Albert*, que al mediodía llegaba a Bougie. Los soberanos desembarcaron a las dos de la tarde, siendo recibidos por el alcalde y el subprefecto, visitaron la población y se dirigieron en coche al pintoresco lago situado en el camino de Setif. A las cinco volvieron al yate.

En la tarde del 21 realizaron la excursión a los desfiladeros de la Muerte, acompañados por M. Jonnart. Los expedicionarios ocuparon cinco automóviles y después de un pequeño alto en Ued-Marca, llegaron a los famosos desfiladeros, en donde se había organizado en su honor una fantasía militar que ejecutaron 200 moros de las tribus vecinas. A las siete estaban de regreso en Bougie, embarcándose en el yate real, que a la madrugada siguiente salió para Philippeville.

El 22 por la mañana llegaron los soberanos ingleses a Philippeville, siendo allí recibidos por el gobernador general y por el alcalde y dirigiéndose inmediatamente a la magnífica propiedad Chateau-Landon, del conde de Ganay, en donde permanecieron una hora, y al valle de Damremont, regresando a las cinco y media a aquella población.

A las dos de la tarde del 23 los reyes de Inglaterra llegaron a Constantina, siendo allí recibidos por las autoridades y por una muchedumbre enorme de árabes y europeos que les dispensó una entusiasta acogida. En seguida se dirigieron a la vasta planicie de Mansurah, en donde se celebró una pintoresca fiesta militar indígena, en la que tomaron parte 800 jinetes. Terminada la fiesta, regresaron los soberanos y su séquito a Constantina, visitando los barrios militares de la Casbah y el hermoso palacio de los antiguos beyes de Constantina. A las cinco y media tomaron el tren que los condujo nuevamente a Philippeville.

El 24 el yate de los soberanos ingleses abandonó las aguas de Argelia haciendo rumbo a Córcega, con lo que ha terminado ese viaje que ha hecho más evidente la unión de Francia e Inglaterra en cuanto se relaciona con los problemas internacionales del Norte de Africa. —S.

REPÚBLICA ARGENTINA. — BUENOS AIRES. — 50.º ANIVERSARIO DE LA DEFINICIÓN DEL DOGMA DE LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN



Anverso y reverso de la medalla conmemorativa acuñada por la Fábrica Nacional de Medallas de Bellagamba y Rossi, de Buenos Aires

En distintas ocasiones hemos elogiado como se merecen las obras salidas de los talleres de la acreditada Fábrica Nacional de Medallas que en Buenos Aires dirigen los Sres. Bellagamba y Rossi. La medalla que reproducimos y que ha sido acuñada con motivo del 50.º aniversario de la definición del dogma de la Purísima Concepción, es digna de figurar entre los buenos trabajos de este género, así por la corrección del dibujo y del modelado del anverso como por el buen gusto y sencillez del reverso.

Bellas Artes. — BARCELONA. — *Salón Parés.* — Un artista de valía, que ha demostrado repetidas veces su indiscutible competencia, Eliseo Meifren, tiene hoy el privilegio de llamar justamente la atención de los aficionados y de los inteligentes. Establecido en Madrid, ha querido, sin duda, demostrar que alejado temporalmente de nuestra ciudad, guarda para ella cariñoso recuerdo y le reserva el resultado de su habilidad y de sus aptitudes.

encomio, entre los que hemos de citar algunos lienzos inspirados en asuntos del *Quijote*, la plaza mercado de un pueblo de la alta montaña de Cataluña, brillantes de luz y de color, y un cuadro de carácter religioso, tan hondamente sentido como inteligentemente interpretado.

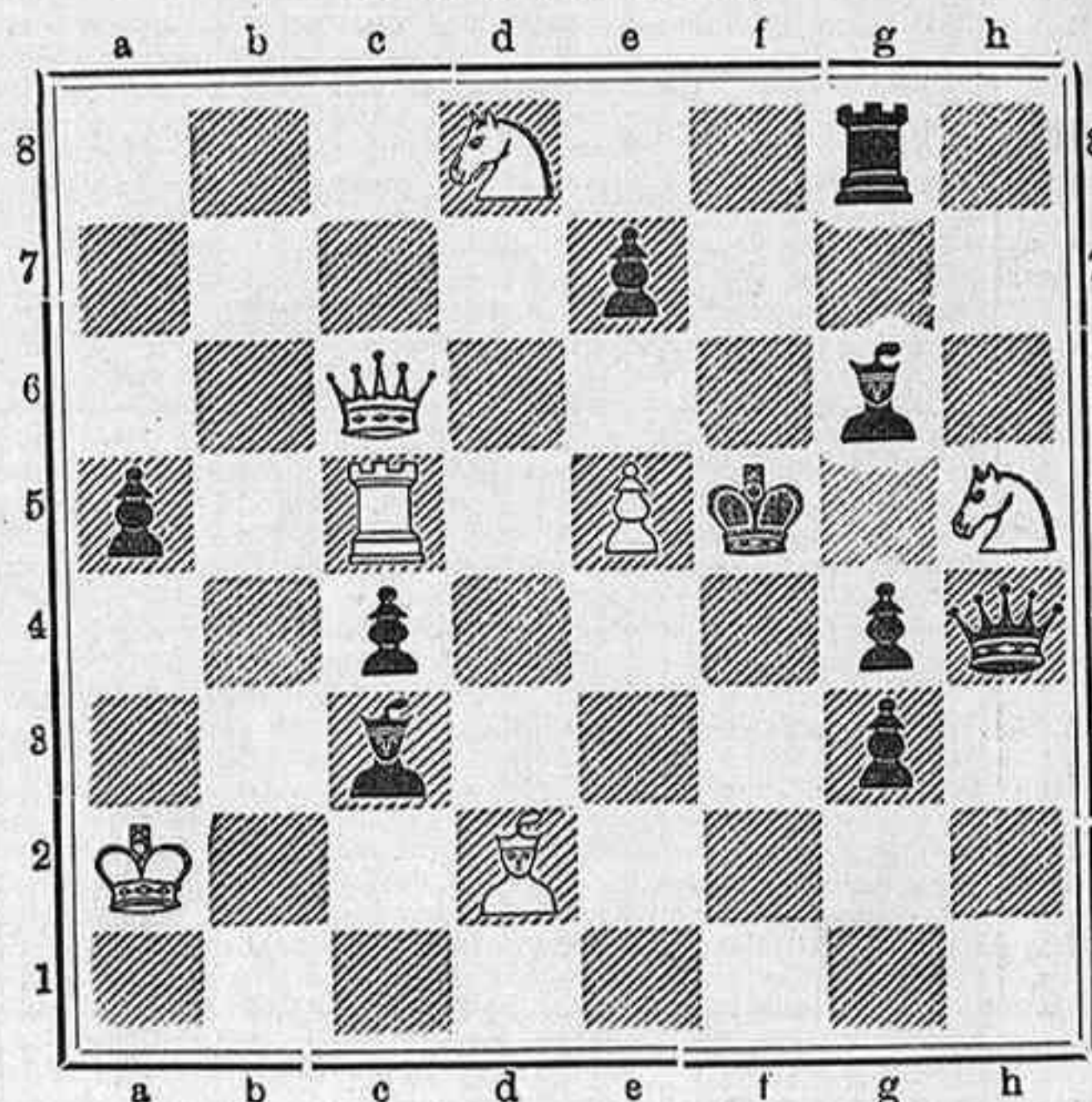
— En el *Salón Robira* figura otro lienzo de costumbres valencianas del maestro Agrassot, que avalora la serie de los que han reportado celebridad a nuestro amigo y excelente artista y contribuyen a que se admire cuanto retrata el modo de ser de aquella encantadora y privilegiada región.

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fín. VIOLET, 28, B^{is} Italiens, París.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 384, POR Z. MACH.

NEGRAS (10 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 383, POR C. BAYER.

- | | |
|-----------------|-----------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Ad1-h5 | 1. Rd3-e4 |
| 2. Ah5-g4 | 2. Re4-d3 |
| 3. Ag4-d1 | 3. Rd3-e4 |
| 4. Ad1-c2 mate. | |



—¡Ah!, gimió Berta ocultando la cara con la mano...

UN DIVORCIO

NOVELA DE PABLO BOURGET. — ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Berta los encontró aquella tarde ocupados, él en su huerta y ella en jabonar, mientras Claudio jugaba con un perrazo que se dejaba complacientemente hacer mil diabluras.

Las risas del muchacho, sus cabellos rubios confundidos con el pelo leonado del animal, la docilidad de éste y la agilidad de su inocente atormentador formaban un cuadro de intimidad doméstica que contrastaba cruelmente con la escena de que ella había sido protagonista el día antes. El abrazo que le dió su hijo, la alegría que respiraban sus ojos azules y que expresaban sus gritos le causaron una honda melancolía que no tardó en trocarse en una intensa emoción cuando la Bonnet le dijo en el tono de una persona que no puede contener la curiosidad:

—Claudio ha estado hoy muy mimado. Esta mañana vino á verme un amigo de la señora.

—¿Un amigo?..

—Un tal Sr. Chambault..., dijo el marido.

El rubor que asomó á las mejillas de la joven acabó de persuadir á aquella gente de que habían pensado bien. El visitante era el padre.

—Nos ha dicho su nombre, continuó Bonnet, y que venía de parte de la señora de Planat. No hemos creído que debíamos negarnos á que diese un beso al niño.

—Y bien le ha besado, añadió la mujer. Mucho le quiere, porque tenía los ojos llenos de lágrimas...

¿Luciano había querido ver al niño? ¿Le había hablado? ¿Lo había besado? ¿Era aquel un hecho tan extraordinario y tan absolutamente imprevisto!..

Berta no tuvo fuerza ni para sentir el alivio de su atroz inquietud, tanto fué su estupor ante aquella noticia.

La manera que tenían los Bonnet de espiar en su cara el efecto de aquellas palabras, le devolvió la energía necesaria para disimular su alteración, pues no podía soportar la idea de que el más mínimo secreto de su vida fuese objeto de las conversaciones

de aquella gente. Y sin embargo no eran unos explotadores; pero en su actitud se veía siempre, y en aquel momento más que nunca, ese aire de semi-complicidad tan característico de los servidores acostumbrados á respetar los vicios de los amos. Aun en aquel momento de emoción intensa, la madre sintió la impresión de aquella actitud que tan penosa le había hecho con frecuencia la necesidad de educar á su hijo de aquel modo; pero no podía elegir entre aquella y otra situación.

Tuvo, pues, valor para responder que el señor Chambault era, en efecto, uno de sus amigos y que habían hecho bien en dejarle ver al niño. Después les habló de su viaje posible y de la fecha en que en tal caso les pediría el pequeño.

Al hablar de ese viaje después de lo que acababa de saber, Berta, la doctrinaria de las sinceridades intransigentes, sabía bien que no era verídica. Mantenía ante su orgullo la resolución de rompimiento definitivo, pero la mantenía sin creer en ella, pues una voz interior, á la que no mandaba ya callar, le decía que los sentimientos de Luciano respecto de ella no eran los que había creído.

Ni ella podía dejarle así después de saber aquella visita, ni él la dejaría marcharse sin haberla visto y hablado. El haber ido á buscar á aquel niño, cuya existencia le había arrancado un grito de agonía, y el haberle acariciado con lágrimas, significaba un cambio en el corazón de Luciano que ya debía haberle impulsado hacia ella.

Estaba segura de que á su regreso á París, Luciano habría tratado de verla nuevamente y de que le habría escrito; y también á ella el anuncio de aquella visita le había devuelto la vida. No tenía ya más que un pensamiento, llegar á la calle Rollin, ver á Luciano y explicarse con él, y tenía el convencimiento de que allí la esperaba una carta.

¿Dónde estaban ya sus heroicos proyectos de destierro?.. Pero ¿había en ella realmente contradicción? Aquel de quien quería huir era el amante ardiendo

de celos, devorado de deseo y de rencor, lleno de odio en su pasión desesperada; no el enamorado capaz del movimiento de ternura que suponía aquel beso al hijo de otro. Pero luego abandonaba todos aquellos razonamientos y volvía á ser la mujer que desde hacía diez meses no había podido, á pesar de ver el abismo, apartarse del camino demasiado dulce que á él le conducía.

Cuando llegó á su casa á las ocho y vió en el cajón la carta esperada en vano aquella mañana, sintió que le sería imposible no hacer lo que aquella carta le pidiera, fuese lo que fuese.

Era una esquila que no contenía más que estas palabras: *Tengo que hablar con usted, Berta. Al ir mañana al hospital, vaya á las nueve á las Arenas, donde la esperaré. De lo que tengo que pedir á usted depende toda mi vida, y tiemblo. Su amigo: L...*

La plazoleta de las Arenas es por las mañanas uno de los rincones más solitarios de París y debe su nombre á unas gradas de circo romano descubiertas en unas excavaciones recientes, alrededor de las cuales se han formado praderas y plantado unos árboles al lado de la calle de Navarre. Berta tenía que recorrer muy poca distancia para ir desde su casa á la plazoleta, pero aquellos tres minutos le parecieron muy largos cuando, después de una noche de impresiones contradictorias, se dirigió á aquel rincón donde iba á representarse una escena nueva y decisiva del drama de su suerte.

Hasta entonces Berta había dirigido esta suerte con su voluntad, aun en sus relaciones con Meján; había podido engañarse lamentablemente, pero no había sido arrastrada. En aquel momento, en cambio, iba como empujada y anegada en una ola de pasión que no le permitía ver claro. Era el desquite en ella de la mujer sobre la feminista, de la joven sobre la estudiante, de la criatura impulsiva y tierna, incierta é incompleta, que necesita el apoyo viril, sobre la orgullosa razonadora que había pretendido tenérselas tiesas contra la sociedad por la única fuerza del acto individual.

Cuando vió á Luciano paseándose delante de la verja del jardinillo, la flojedad de sus piernas le hizo creer que no podría dar los pocos pasos que le faltaban para llegar á él... Pero Luciano la había visto y salía á su encuentro.

En su manera de saludarla, en su voz, en su mirada, conoció con un enternecimiento que ya por sí solo era una felicidad, que el joven no temblaba menos que ella, y sobre todo, que no había cambiado. El que estaba delante de ella no era el amante desesperado por su confesión, ni el hombre en delirio arrodillado al lado del canapé y cuyos besos, casi brutales, le habían dado miedo. Era el amigo de aquellos diez meses, con su ferviente respeto y temblorosa reserva; mostraba en el semblante la huella de la lucha que había sostenido en aquellos dos días, y su palidez, el brillo de sus ojos, los azulados círculos de sus párpados, revelaban que también él había pasado horas de fiebre y de insomnio.

La idea de huir para siempre ó del trágico desenlace temido por Berta, había, sin duda, atravesado por aquella frente, en la que se veía entonces una extraña serenidad. Evidentemente, el joven sabía lo que quería y lo quería después de uno de esos exámenes de conciencia en los que el ser se recoge por entero para no retroceder.

¿Qué quería?.. La importancia de lo que iban á

decirse era tan grande, que ambos se recogieron y se callaron como por instinto y se dirigieron juntos hacia un banco casi oculto entre los arbustos, en los que apuntaban vagamente los botones de las primeras hojas.

El cielo cubierto y velado de los días anteriores habíase despojado de sus nubes; la primavera reía ya en el azul dulce y pálido del firmamento; el sol brillaba en el boj reluciente de los senderos, y la brisa ligera, casi tibia, circulaba por entre las copas de los pinos, cuyas ramas, siempre verdes, alternaban con la desnudez de los otros árboles que comenzaban a cubrirse de yemas. Aquella impresión del renacer de la naturaleza envolvía a los dos jóvenes, se apoderaba de ellos y templaba sus nervios demasiado vibrantes.

Muchas veces habían ido allí a tener aquellas discusiones de abstrusa filosofía con que trataban de engañar los irresistibles impulsos del corazón. ¡Qué lejos estaba aquel pasado, para Berta, sobre todo, que no era ya más que una enamorada pendiente del deseo y de la voluntad del hombre amado!..

Luciano, en cambio, seguía siendo, en aquella crisis de pasión, el intelectual acostumbrado a sistematizar sus sentimientos y sus actos. Esos caracteres que debieran estar preservados de ciertos impulsos, son capaces de los más extraordinarios rasgos románticos cuando sus teorías concuerdan con los movimientos irreflexivos de su instinto y se dan razones sublimes para obedecer á sus deseos.

—Ayer estuvo usted en Moret, Luciano, dijo Berta rompiendo aquel silencio cargado de promesas. Lo he sabido porque estuve allí después...

—He querido conocer á su hijo de usted. Quería imponerme esa prueba antes de que nos viéramos... Sí, añadió al ver que la joven fijaba en él una mirada interrogadora, cuando se prepara uno á contraer un compromiso debe saber si tendrá fuerza para cumplirlo... He visto demasiado hasta qué punto puedo ser débil...

Y á su vez clavó sus ojos en Berta, que se estremeció. Aquellas palabras enigmáticas acababan de despertar en ella una idea que apenas había rozado por su mente desde el comienzo de sus relaciones; pero no recogió más que la alusión á la terrible escena de la antevíspera, tanto daño le había hecho aquel simple recuerdo.

—No se arrepienta usted de nada, dijo. La culpa fue mía por no haber hablado antes.

—¡Querida amiga!.., exclamó el joven cogiéndole la mano; ha tenido usted miedo de hacerme sufrir... Escuche usted... Lo que tengo que decirle, ¡es tan grave para mí y también para usted, puesto que me ama!.. Porque usted me ama, lo sé, lo creo. Y yo tengo que repetir con toda reflexión y en plena posesión de mí mismo lo que le declaré en un instante de verdadera demencia; que también la amo, Berta, exclusiva y apasionadamente. Lo sé hace mucho tiempo, pero sólo anteayer supe con qué profundidad, primero mientras usted me hablaba, y después durante las horas que he pasado en examinar todos sus actos y todas sus palabras y en desentrañar todo su sentido. Una á una las he pesado; y no ha habido uno solo de sus sentimientos; una sola de sus ideas, uno solo de sus actos, que yo no haya discutido como si se tratase de otra persona que no fuese usted y á la luz que no engaña, que es la de la conciencia... Y después de este examen, me he encontrado con que nunca había querido ni estimado á usted tanto. Tenía usted razón cuando me decía que no debía juzgarla sin antes haberla oído. Sí, la he oído y sé que nunca ha cesado usted de ser la mujer cuya nobleza de alma y cuya elevación de ideas he admirado tanto; que es usted digna de todos los respetos debidos á una criatura humana que nunca ha dejado de respetarse á sí misma. Si en un momento de aberración hablé de otro modo que ahora, pido á usted que me perdone. Estaba loco. No veía y ahora veo. No comprendía y ahora comprendo. Me ha hecho usted mirar bien de frente ese problema del matrimonio en el cual nunca había pensado; qué quiere usted, los espíritus más libres tienen, á pesar suyo, estas rutinas. Pero ahora me he preguntado en qué consistía esencialmente el matrimonio, y no he encontrado más que una respuesta, la de usted: el matrimonio es un compromiso entre una conciencia de hombre y una conciencia de mujer. He deducido que al contraer ese compromiso hace cinco años sin ninguna garantía, pero con absoluta buena fe, se conformó usted con las reglas de la Ética eterna. Quería decir á usted esto: que la respeto y la estimo tanto como la amo... ¿Me cree usted?

—Creo que ha visto usted cuán sincera he sido y creo que es usted muy bueno. ¡Había renunciado tan completamente á ser juzgada desde mi punto de vista! ¡Estaba tan acostumbrada á considerarme sola de corazón y de inteligencia!.. Esto me hace cambiar

demasiado... añadió con una sonrisa que era casi de sufrimiento. Me será dulce acostumbrarme, pues he sido muy desgraciada viendo que mi buena fe sólo servía para que se me juzgase mal. En este momento me considero pagada y con usura...

—¡No!.., dijo Luciano vivamente. No está usted pagada, y es preciso que lo esté usted. Es preciso que otros sepan lo que yo sé y piensen lo que yo pienso... Oiga usted, Berta, lo que voy á pedirle parecerá á usted extraño después de mis palabras de hace un momento. Pensando lo que ahora pienso del matrimonio, la lógica exigiría que viniese á decirle: Somos libres. ¿Quiere usted consentir en este cambio de dos promesas en nombre de dos conciencias y fundar conmigo el hogar como los dos le concebimos? Este es mi más ardiente deseo, pero no es completo. Quiero otra cosa. Aun viviendo juntos para siempre, me faltaría haber reparado públicamente la injusticia de que ha sido usted víctima y no le habría dado la prueba de estimación que merece. Sólo se la daré el día en que salgamos de la alcaldía, del brazo, usted llevando mi nombre y yo teniendo derecho á protegerla. En nuestra sociedad, un hombre que casa con una mujer declara á todos que tiene fe en ella y que no permite que se dude de su virtud. No me rehusará usted esta satisfacción, Berta, y aceptará el ser mi esposa ante la ley... He hecho venir á usted aquí para hacerle esta petición. Está hecha. Ahora, espero su respuesta.

Berta le había escuchado anhelosa, y al oír las últimas palabras palideció tan profundamente que el joven creyó que iba á desmayarse como la antevíspera y quiso sostenerla. Ella le rechazó suavemente.

—¡Ser su esposa!, exclamó. ¿Me pide usted que sea su esposa?.. ¡Ah! ¡Cuánto me ama usted! ¡Cuánto bien me ha hecho el oírle!.. ¡Qué bálsamo para mi herida!.. Pero no, Luciano, yo no puedo casarme con usted. Es imposible. Hay un obstáculo para esta unión, mi hijo.

—Seremos dos para quererle, respondió Luciano. He querido saber si tendría valor para ello y ayer vi que sí le tendré. Su hijo de usted no es un obstáculo, sino una razón para que acepte usted mi ofrecimiento. Ese niño necesita un protector, un guía... un padre, y yo lo seré para él...

—¡Ah!, gimió Berta ocultándose la cara con la mano, me tienta usted demasiado... ¡Me ofrece usted la felicidad!.. Pero es un sueño... No es por mí, no es por mi hijo por lo que no debo casarme con usted, sino por usted mismo. El modo que tuvo usted de apreciar mi historia prueba cómo juzga la sociedad á la mujer que se encuentra en mi caso. Su amor de usted, su sentido de la justicia y su alta inteligencia han triunfado de esa impresión, pero el mundo no tendrá para mí tal parcialidad; no la ha tenido, puesto que me ha condenado ya por boca de mi tío, del Sr. André y de su padrastro; y su reprobación caería sobre usted por haberme dado su nombre. Vería usted surgir delante de sí todas las dificultades que encuentra un hombre que se ha casado mal.. Hay miserias que se afrontan, que se desprecian fácilmente cuando de uno mismo se trata; pero que no nos perdonamos de hacerlas sufrir á otro. ¡Y sería para mí tan duro el ver á usted humillado por mi causa!..

—¿Es usted la que me habla así?.. ¿Usted, á la que siempre he conocido tan independiente y tan altiva? Si el mundo se vuelve contra nosotros, nos apoyaremos el uno en el otro y nos bastaremos. ¿Humillarme el mundo? ¿Á mí? Le desafío á que lo haga. Con nuestros recursos reunidos seremos independientes. Ya sabe usted que me siento cada vez más atraído por la Medicina. Me dedicaré á esos estudios; nos consagraremos juntos á la ciencia y nadie nos impedirá asistir á los enfermos ó trabajar en un laboratorio... No hay dificultades de carrera para un hombre que no quiere ni fortuna ni honores... No dé usted ese motivo á su indecisión, Berta, porque me ofendería... Además—se detuvo un segundo como si lo que iba á decir hiriera en él una fibra que manaba sangre y un relámpago de salvaje sufrimiento brilló en sus ojos—rehusar es querer que no nos volvamos á ver jamás... Sí, ó casarnos ó separarnos; ó mi esposa ó nada. ¿No comprende usted que su vida conmigo, para ser posible, tiene que ser una vida nueva?..

Luciano no dijo más. Meján acababa de aparecer entre ellos, y Berta tradujo en seguida esa última y oscura frase: *No quiero vivir con usted como vivió el otro.*

Aquel repentino é inesperado recuerdo del odioso pasado les fué tan penoso, que se quedaron unos minutos sin hablar; él conmovido por lo que acababa de decir, y ella vencida al verle sufrir y sintiendo ceder su resistencia ante la apasionada abnegación de su amigo.

A su alrededor seguía soplando la brisa de la mañana de marzo, cantaban los pájaros y el sol resplandecía en las Arenas. Los restos de la antigua Lutecia romana formaban un decorado casi solemne á aquella extraña discusión de dos hijos del siglo xx que no comprendían la muda lección que se desprendía para ellos de aquellos escombros aún visibles de una ciudad enterrada. De este modo las costumbres de los antepasados deben servir de base sólida y duradera á nuestros pasajeros destinos.

El hijo de la divorciada y la estudiante anarquista profesaban precisamente el principio contrario. Y, sin embargo, la realidad, esa gran enderezadora de sofismas que no adapta sus leyes eternas á nuestros razonamientos, obligaba á aquellas dos almas revolucionarias, en una hora de crisis, á buscar su punto de apoyo en un poco de vida tradicional, puesto que discutían un matrimonio conforme con las reglas del Código.

Luciano, sin darse cuenta de ello, quería este matrimonio para dar más estimación á su amor. Berta se lo agradecía infinitamente, como una burguesa que era, cuyas herencias de sangre habían sido paralizadas, pero no anuladas por una educación defectuosa. Cuando se volvió hacia su generoso amigo su corazón había ya cedido, pero hizo todavía una objeción:

—Usted habla como si no hubiera más que el mundo y yo. ¿Y su familia de usted? ¿Cómo quiere usted que me admita cuando sabe usted lo que su padrastro piensa de mí?

—¿Mi padrastro?... respondió el joven con un acento en el que se revelaba todavía el rencor de la escena pasada. No, no creo que mi padrastro se oponga ahora á este matrimonio... En nuestro altercado no se ha tratado sólo de usted. En esos momentos salen cosas que habían estado guardadas en el corazón toda la vida, y después de lo que nos hemos dicho no seremos nunca lo que éramos el uno para el otro... Su mayor deseo debe de ser ya que yo viva fuera de su casa... Á pesar de esto, se opondría á mi casamiento si creyera de usted lo que ahora cree; pero le conozco, y cuando sepa de usted lo que yo sé la juzgará como yo la juzgo. He podido tener celos del lugar que ha tomado en el corazón de mi madre, pero siempre he venerado en él el carácter más recto y más incapaz de un abuso. Es de esos hombres que quieren dar á nuestra democracia una moral de acuerdo con la razón, y su principio absoluto es el de la justicia y el derecho de cada cual de hacer lo que le dicte su conciencia. Odia y desprecia como nadie las hipocresías mundanas. Es partidario de la igualdad de los sexos, y cree que las clases superiores deben apresurar, en vez de retardarla, la evolución de la familia, de la propiedad y de la patria. Digo á usted todo esto para que vea toda la amplitud de su modo de pensar. Odia la mentira, ¡y á usted le han mentado de una manera tan repugnante!, y la injusticia; y si alguien ha sido víctima de la injusticia, es usted. Admira á los que tienen el valor de sus opiniones, y ¿quién tiene este valor en mayor grado que usted?, y á los que buscan y quieren la verdad, y usted sólo por la verdad vive. No, no dudo de su respuesta, y lo que él diga lo dice mi madre... Si la ley me obliga á pedir el consentimiento de mi verdadero padre, único suficiente—¡qué ironía!—ese consentimiento no significa nada para mí... Pero sí el otro, el de mi madre... Berta, si vuelvo después de haber hablado con ellos y de haber obtenido su aprobación, por haberles hecho comprender quién es usted y para qué quiero darle mi nombre, ¿me dirá usted aún que es imposible?, ¿se negará usted á ser mi esposa?..

—No, dijo Berta, no me negaré.

Y le miró con ojos en los que Luciano pudo leer el abandono de su alma entera. ¿Había comenzado realmente para la engañada joven la nueva vida de que había hablado Luciano? Después de tantos años de martirio íntimo y de feroz abdicación, Berta vislumbró la posibilidad de un porvenir libre al fin de la pesadilla que tanto la había atormentado.

Cuando salieron, instantes después, del jardínillo, la joven vio alejarse á Luciano, haciendo un serviente voto por el éxito del paso que iba á dar. Ella fué la que se desprendió de los brazos de su amigo, diciéndole:

—Tenemos que separarnos, Luciano; es la hora del hospital y necesito un poco de calma después de tantas emociones. Nunca la he encontrado más que ciñéndome á mi tarea modesta y regularmente. Para mantenerme en equilibrio necesito hacer siempre lo mismo. Ya verá usted... Voy á ser una esposa muy monótona, pero muy feliz, dijo con una sonrisa que nunca le había visto Luciano.

—Y yo, respondió éste, tengo prisa por hablar con mi padrastro. La idea de que él y mi madre la juzgan

á usted mal me hace daño ahora. Creo que cada minuto de retraso es un crimen contra usted...

—¡Con tal de que le crean á usted!.., exclamó Berta con temor.

—Me creerán, afirmó el joven con la convicción de un devoto de amor que se siente con fuerza para disipar todas las dudas. En seguida iré á la calle Racine, y si no está usted allí, á su casa... Tenga usted confianza...

Y añadió estas palabras tan sencillas, pero que fueron para ella una caricia dulce hasta el punto de no poder resistirla:

—Adiós, mi adorada prometida...

IV

LA HERIDA ABIERTA

En aquella conversación, tan importante para el porvenir de su amor, Luciano no había contado á Berta el detalle de las febriles treinta y seis horas que había pasado discutiendo consigo mismo el proyecto de su matrimonio, ni por qué procedimiento casi brutal había suprimido toda intervención de sus padres en sus acciones.

No dudando que su madre estaba al corriente de todo, le horrorizaba tanto volver á verla á ella como á Darrás. Había alquilado un cuarto en un hotel cualquiera del barrio latino y enviado desde allí dos letras al criado de su casa que se ocupaba en su servicio, diciéndole que entregase al dador una maleta con ciertos efectos para un corto viaje.

Sabía que aquella orden sería comunicada á sus padres y que de este modo se tranquilizarían respecto de él.

El egoísmo del amor le había impedido pensar en la inquietud moral que debía de devorar á su madre.

Esta negligencia tenía además otra causa: el secreto despego que los segundos matrimonios crean entre el hijo del primero y el padre ó la madre que se han vuelto á casar.

Luciano no había nunca vivido con su madre en esa plena y entera intimidad que hace á dos seres tan presentes el uno al otro que casi se sienten sentir. Siempre había encontrado á Darrás entre ellos, y aun en la época en que creía querer más al marido de su madre, esa presencia de un testigo en todas sus efusiones le había hecho replegarse un poco. Entre la madre y el hijo se había establecido uno de esos estados de mala inteligencia muda, tanto más difíciles de disipar cuanto que son inconscientes. Si Luciano hubiese podido formular en términos concretos la impresión que en él producía el hogar materno, habría dicho: «Mi madre me quiere por añadidura. No le soy necesario,» pero se hubiera equivocado.

Sus veintitrés años, sombríos y apasionados, habían sufrido al tener que compartir un cariño que habían creído exclusivo; pero aun compartido, aquel cariño era muy intenso y á su madre le habían causado gran daño las muestras de su indiferencia, y su silencio en aquel momento había sido la peor de todas. Se recordará que había pasado la tarde en la mayor angustia, preguntándose dónde estaría Luciano. A las nueve de la noche, en el momento en que estaba pidiendo á Darrás que fuese á la Prefectura de policía para hacerle buscar, llegó la esquila de Luciano al criado.

—Quiero ir yo misma, dijo la madre. Ese maldadero me conducirá, veré á mi hijo, le hablaré y me le traeré.

—No harás tal, respondió Darrás.

Y, por primera vez en su matrimonio, añadió en tono imperativo:

—Te lo prohibo. Luciano acaba de faltarte gravemente al no escribirte, después de haberme faltado á mí. A él le toca venir.

Ya con más dulzura, siguió diciendo:

—Por otra parte, razona un poco. Como he previsto, debe de estar haciendo averiguaciones. El pedir la maleta indica que quiere ir á Moret ó acaso á Clermont. En este caso debe obrar solo. Ten el valor de esperar, querida amiga. Confieso que necesito valor.

Gabriela obedeció, convencida de que mientras el hijo no hubiera visto claro, se expondría con un paso cualquiera á hacer su vuelta más difícil.

Ella misma eligió las ropas que había que meter en la maleta, y estos cuidados engañaron un momen-

to su angustia, aumentada aún por aquellas palabras de su marido. Él, tan afectuoso de ordinario, había estado casi duro; pero ella no le acusaba, pues su irritación era legítima, vista la actitud de Luciano. Mas, de todos modos, lo cierto era que nunca le había hablado así.

Y sintiendo que la desgracia se cernía sobre ella, subió, como de costumbre cuando no salía, á hacer rezar á su hija la oración de la noche. Había pensado tranquilizarse con esto, y por el contrario, se vió acometida de aquella crisis de remordimiento religioso que pocas horas antes la había conducido á casa del padre Euvrard. Cuando Juana, arrodillada al pie de la cama, pronunció las palabras de la oración:

—Visita, Dios mío, esta morada, te lo suplico. *Visita, quæsumus, Domine, habitationem nostram.*

—No puede visitarla, había gemido por lo bajo la madre, puesto que es ultrajado en ella...

Esta dura fórmula que ahora recordaba, había sido empleada por el primer sacerdote á quien se dirigió

—¿Á misa?.. Si hoy no es domingo.

—Va con frecuencia durante la semana con las otras niñas de la primera comunión...

—¿Era indispensable que fuese?.. Te repito mi consejo de ayer. Puesto que la niña tiene alguna propensión al misticismo, no dejes que se multipliquen esas propensiones.

—¡Ah! Que tenga fe, mucha fe. Así estará mejor armada para las luchas de la vida..., respondió Gabriela.

Darrás se quedó mirándola con asombro y ella se ruborizó y esperó una pregunta que, por desgracia, no vino, pues en aquel momento la revelación de sus escrúpulos religiosos no hubieran tenido el carácter de trágica violencia que más tarde debía hacer más irreconciliable el conflicto entre los dos esposos.

Darrás pensó que la causa de aquel estado nervioso era sólo la preocupación del ausente, y dijo con sencillez:

—Quería decirte que voy ahora mismo á la calle Rollin. Quiero saber si Luciano se ha instalado en casa de esa muchacha. No lo creo; pero, si así fuese, habría que tomar una determinación. Si realmente está haciendo un viaje de averiguaciones, antes de veinticuatro horas estará aquí.

Gabriela había implorado tan apasionadamente en la iglesia la piedad de arriba, que quiso ver una señal de perdón en el silencio de su marido después de su imprudente exclamación. Después creyó reconocer otra en la noticia que trajo Darrás de que Luciano no se había instalado en casa de Berta; de modo que aquel segundo día habíalo pasado menos febrilmente que el anterior, á causa de esta ligera esperanza.

Una de las ilusiones más frecuentes en las almas que, como la suya, han perdido la costumbre de la disciplina cristiana, es pedir á la oración una eficacia inmediata y perpetuamente arbitraria, sin darse cuenta, aun en su más sincero impulso de arrepentimiento, de que ninguna súplica puede evitar ciertos dolores cuando éstos son una regresión al orden universal y necesario, al que el hombre no puede ser conducido sino por el castigo. ¡Es tan raro que vuelva á él por un arrepentimiento sin haber antes pasado por pruebas dolorosas!

Gabriela había continuado, sin embargo, muy intranquila y no había salido de casa en todo el día por si volvía Luciano. Sugestionada por las seguridades que le diera su marido, había considerado que la mañana del tercer día sería el momento decisivo, es decir, aquel en que el joven, conocedor de la verdad después de su visita á Moret y acaso también á Clermont, se arro-

jaría en los brazos y sobre el corazón de su madre. Júzguese, pues, de su emoción cuando, á eso de las once, su marido entró en su cuarto diciendo:

—Ahí está Luciano. Le he visto desde la ventana bajar de un coche. Cuando vuelve es que sabe la verdad. ¿Tenía yo razón?..

—¡Está ahí!, exclamó la madre juntando las manos. ¡Gracias, Dios mío!.. ¡Gracias á ti también, Alberto!..

Y abrazó á su marido. La incoherencia de sus sentimientos de católica y de esposa se manifestó en aquellas dos exclamaciones contradictorias.

En seguida dijo:

—Conviene que le vea yo antes y que él lllore sobre mi corazón. Después te lo llevaré, y tú, que eres bueno, le perdonarás...

—No tengo nada que perdonarle, respondió el marido. Es desgraciado y es tu hijo. Que venga cuando quiera y que no me hable de nada. Nos daremos un abrazo y todo se habrá acabado. Yo no me acuerdo ya de nada...

—¡Ah! ¡Cuánto te quiero!.., dijo Gabriela.

Y añadió, trémula, cogiéndole una mano:

—Oye, oigo sus pasos. Déjame salir á su encuentro.

Empujó á su marido hacia el despacho y abrió la puerta del vestíbulo. Allí, en pie y apoyada en el dintel, fué donde la vió Luciano al subir la escalera.

El joven había confiado en que la explicación con su padrastro precedería á esta, pero al ver á su madre sosteniéndose apenas, inundada en lágrimas y pálida por la ansiedad de aquellos dos días, sintió que se le oprimía el corazón, se precipitó hacia ella y los dos se abrazaron con una ternura que por un momento borró todo lo demás.

Por primera vez desde hacía muchos años vió Luciano que su puesto permanecía intacto en el corazón de su madre á pesar del segundo matrimonio.

(Continuará)



—Visita, Dios mío, esta morada, te lo suplico

y del que habló con tanto rencor al padre Euvrard. «Vive usted, le había dicho, con un hombre á quien llama su marido, cuando está usted realmente casada con otro. Es el peor adulterio, puesto que constituye al mismo tiempo un ultraje público á Dios...» Sí. ¡Con qué energía se había rebelado entonces y se rebelaba aún ahora contra aquel injusto anatema! El hecho de que en aquel momento recogiese para ella sola aquel anatema que le había parecido tan injusto, probaba que el gran trabajo de su conciencia acababa de ser activado de un modo sorprendente por aquellas horas de agonía maternal.

La vaga y confusa aprensión de una amenaza suspendida sobre su culpable felicidad se había trazado en una visión espantosa de lo que el fraile había llamado la acción vengadora de Dios.

«Pero ese Dios que castiga, también perdona,» se dijo al día siguiente, después de una noche empleada en dar vueltas á esta idea: «¿Qué me va á suceder en mi hijo? El mismo padre Euvrard ha dicho que no pide más que perdonar, y que si es el Dios vengador, también es el Dios bueno. Le rogaré tanto, que me perdonará, ó, por lo menos, á Luciano, que no tiene culpa alguna...»

Y en un impulso de devoción expiatoria, se fué con su hija á oír una misa. Juana, desde que se aproximaba el día de su primera comunión había pedido varias veces que la llevaran á la iglesia por la mañana para asistir á los divinos oficios en unión de sus compañeras de catecismo, y siempre la había acompañado la señorita Schultze, pues la señora Darrás temía que su marido le hiciera alguna observación sobre la ausencia.

Cuando volvió de San Sulpicio encontró á Darrás que la estaba esperando para salir.

—¿Por qué no me has dicho que salías?, le preguntó. Tenía necesidad de hablarte.

—He llevado á Juana á misa.

Cómo se cogen las fieras, por Carlos Mayer

Si á cualquiera se le preguntara por qué ha elegido la profesión que tiene con preferencia á todas las demás, probablemente se vería muy apurado para contestar; yo sólo puedo decir que me dedicué á atrapar fieras porque me parecía que eso prometía una vida de aventuras, no exenta de placer ni de provecho. Desde que adopté esa manera de ganarme



MR. CARLOS MAVER, en traje de caza

la vida, hace diez y ocho años, la he puesto en práctica casi siempre en el archipiélago malayo, haciendo de cuando en cuando excursiones á la China, India, Siam y la América del Sur, y he de confesar que las aventuras han sido muchas y grande el placer, pero no siempre he hallado provecho.

A causa de las dificultades que ofrece esta caza y de los peligros personales que corre el cazador, resultan elevadísimos los precios de las fieras vivas. Los tigres valen de 1.250 á 2.500 pesetas; los leopardos de 1.250 á 2.000; los elefantes de 2.500 á 5.000; los rinocerontes y jirafas son los que más valen, pues se venden de 20.000 á 25.000 cada uno. Los leones no alcanzan buen precio en el mercado y nada valen en comparación con las demás fieras á causa de lo mucho que procrean en cautividad; tampoco se saca mucho dinero de los osos. Las culebras producen bastante cuando son grandes. La mayor que he tenido la suerte de coger fué un pitou de unos once metros de largo, que vendí en 5.000 pesetas.

Sólo una vez he tenido que luchar con una culebra y pude convencerme que no se exageran sus fuerzas. Medía unos ocho metros de largo y la tenía metida en su caja, en mi depósito de animales de Singapoore, esperando el vapor que había de llevarla á Europa. Era la caja de madera y la cubierta de fuertes listones muy juntos.

Entré una mañana en dicho depósito y me quedé de momento inmóvil de asombro. La culebra había forzado uno de los listones, á pesar de estar firmemente asegurados con grandes tornillos. Ya tenía fuera de la caja como unos 60 centímetros de su longitud, y movía pausadamente la cabeza á uno y otro lado, mientras iba sacando despacio el resto del cuerpo. Lancé un grito, llamando á mis criados indígenas y me abalancé á ella, cogiéndola por el cuello con ambas manos y haciendo toda la fuerza posible; pero la culebra me llevaba de un lado para otro, sin dejar de continuar echándose fuera. Mis dos criados acudieron corriendo, y mientras uno la agarraba también con ambas manos, el otro rompió

uno de los restantes listones, y entre los tres, empleando todas nuestras fuerzas, le metimos otra vez la cabeza dentro de la caja por la abertura agrandada, no quedándole más remedio que volverse á meter toda dentro.

Hallábame una vez tratando de coger rinocerontes, cuando habiendo llegado á un sitio que parecía á propósito para ello, el criado indígena que siempre marchaba detrás de mí llevándome el rifle, lo dejó caer al suelo repentinamente, y seguido por los demás, echó á correr para encaramarse en los vecinos árboles. Los malayos son de los hombres más valientes que pueblan la tierra, y hacen frente, de día ó de noche, á cualquier animal que sea, exceptuando únicamente al *sladong* ó búfalo salvaje, y su temor está en verdad bien fundado, pues es la bestia más feroz que he conocido. Tiene desde los hombros una alzada de 1'60 metros, pesa una tonelada ó más y corre con la velocidad de un caballo. Los cuernos se extienden de tres ó cuatro pies, puntiagudos como lanzas, pero lo corto del cuello no le permite alcanzar con ellos un objeto que se halle en el suelo, y á esa circunstancia debo el poder referir la aventura.

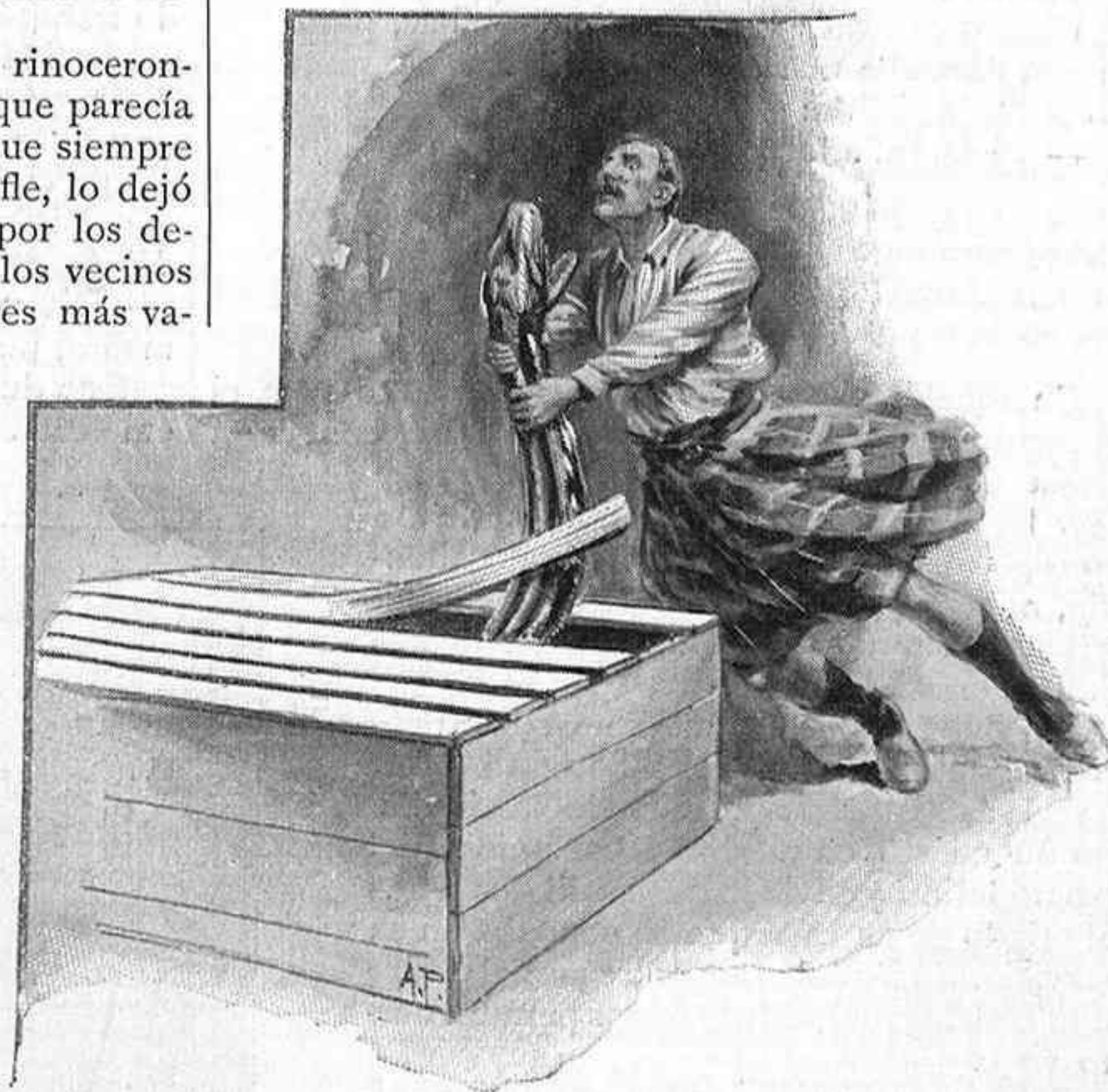
En el mismo momento en que vi huir á mis criados, vi también al formidable animal, que venía hacia mí como una tromba y me quedé sin poder moverme; pero en seguida comprendí el peligro en que me hallaba, y al arrojarse sobre mí, me eché á un lado, disparándole tres tiros de mi revólver. La velocidad con que el búfalo venía hizo que pasase por mi lado sin tocarme; pero al apartarme, tropecé con una raíz y caí, torciéndome el tobillo. En aquel segundo me pareció que llegaba mi última hora, porque vi al animal volverse á dirigirse á mí, bramando de cólera y dolor. En la mano izquierda llevaba yo mi *parang*, cuchillo largo, ancho y muy afilado, y con él, al ponerse la fiera á mi alcance, la atacé con furia, hiriéndola en las rodillas hasta el hueso y cortándole los tendones. Se tambaleó y cayó sobre mis piernas; trató de levantarse, pero no pudo. Al ver al búfalo en tierra, bajaron de los árboles mis criados, y uno de ellos le alojó una bala en el cerebro.

Estaba yo medio muerto de dolor, cuando, con trabajo, me sacaron de debajo de su cuerpo, y aunque tenía el tobillo roto, dí gracias á mi buena suerte de estar vivo todavía. Entonces, de repente, apareció la hembra del muerto en el claro del bosque donde nos hallábamos.

Cómo aquellos hombres me subieron á un árbol, es cosa que nunca he podido comprender, pero es lo cierto que me subieron y me amarraron al tronco, porque con el dolor del pie y los golpes que había recibido, estaba tan exánime que no tenía fuerzas para agarrarme y sostenerme. Detúvose el animal al pie del árbol, alzó la cabeza, nos miró y muy tranquilamente comenzó á pacer. La noche se acercaba y algo había que hacer para verselible de aquel monstruo vigilante. Los sirvientest-

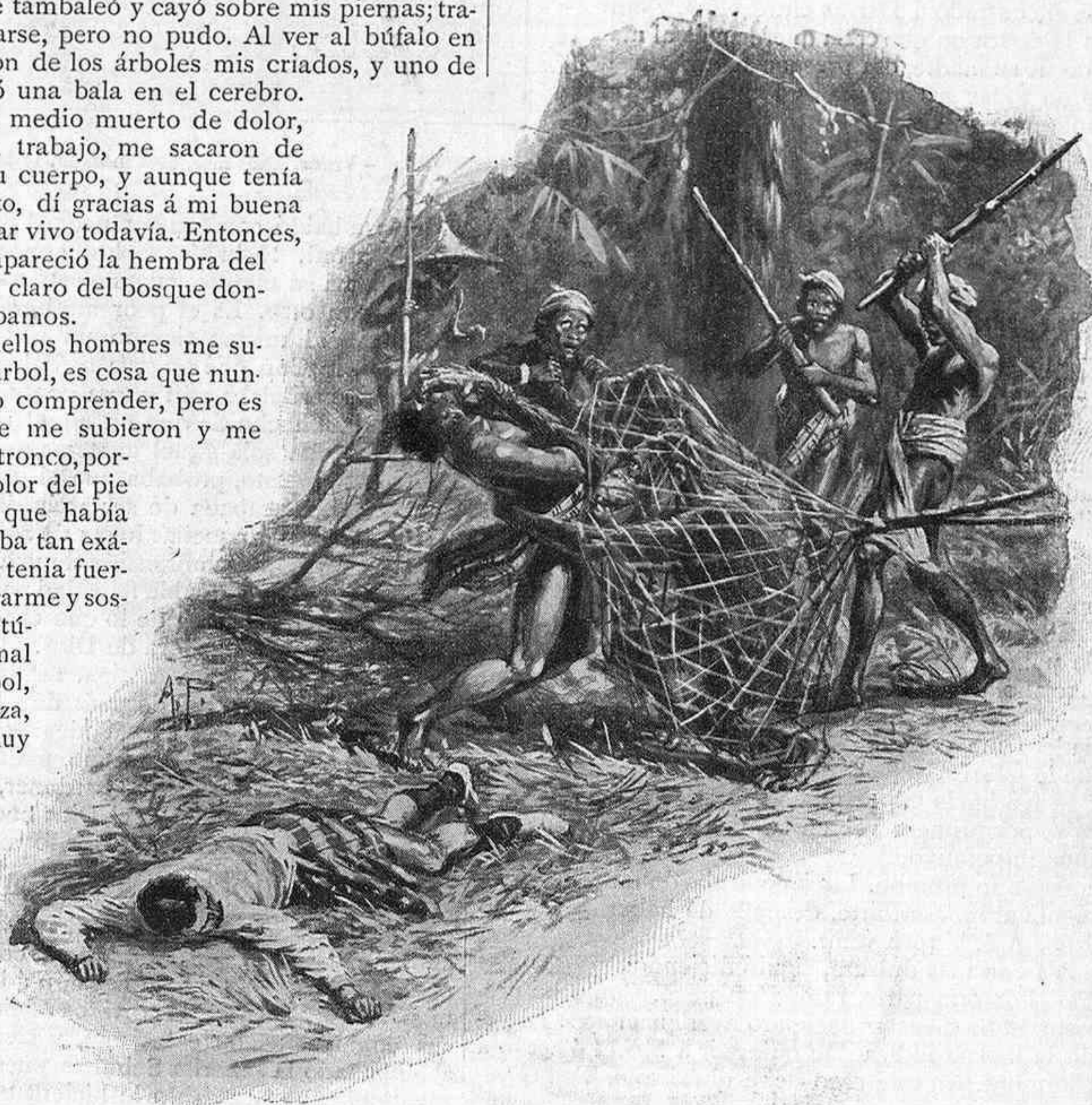
nían sus *crises*, cuchillos largos y envenenados; pero ¿de qué podían servir hallándonos á más de dos metros del suelo? Entonces me ocurrió la idea de cortar una rama del árbol, atar á ella un *cris* con la faja de

uno de los sirvientes y con esa lanza improvisada atacar á la fiera. Hízose así, y se arrojó al pie del árbol un haz de ramas pequeñas y hojas para atraer-



La culebra me llevaba de un lado para otro sin dejar de continuar echándose fuera

la. Vino, vió el manojó y lo olió, y antes que se retirara otra vez, le inferimos media docena de heridas en la parte posterior del cuello. Arremetió bramando contra el árbol, pero á pesar de la sacudida, ninguno de nosotros cayó; alejóse entonces poco á poco y cerró la noche. La oíamos pateando á cierta distancia, pero no podíamos distinguirla. Luego sentimos el ruido de un cuerpo pesado que caía en tierra y después reinó el silencio. Era evidente que el veneno había causado su efecto, pero ningún malayo



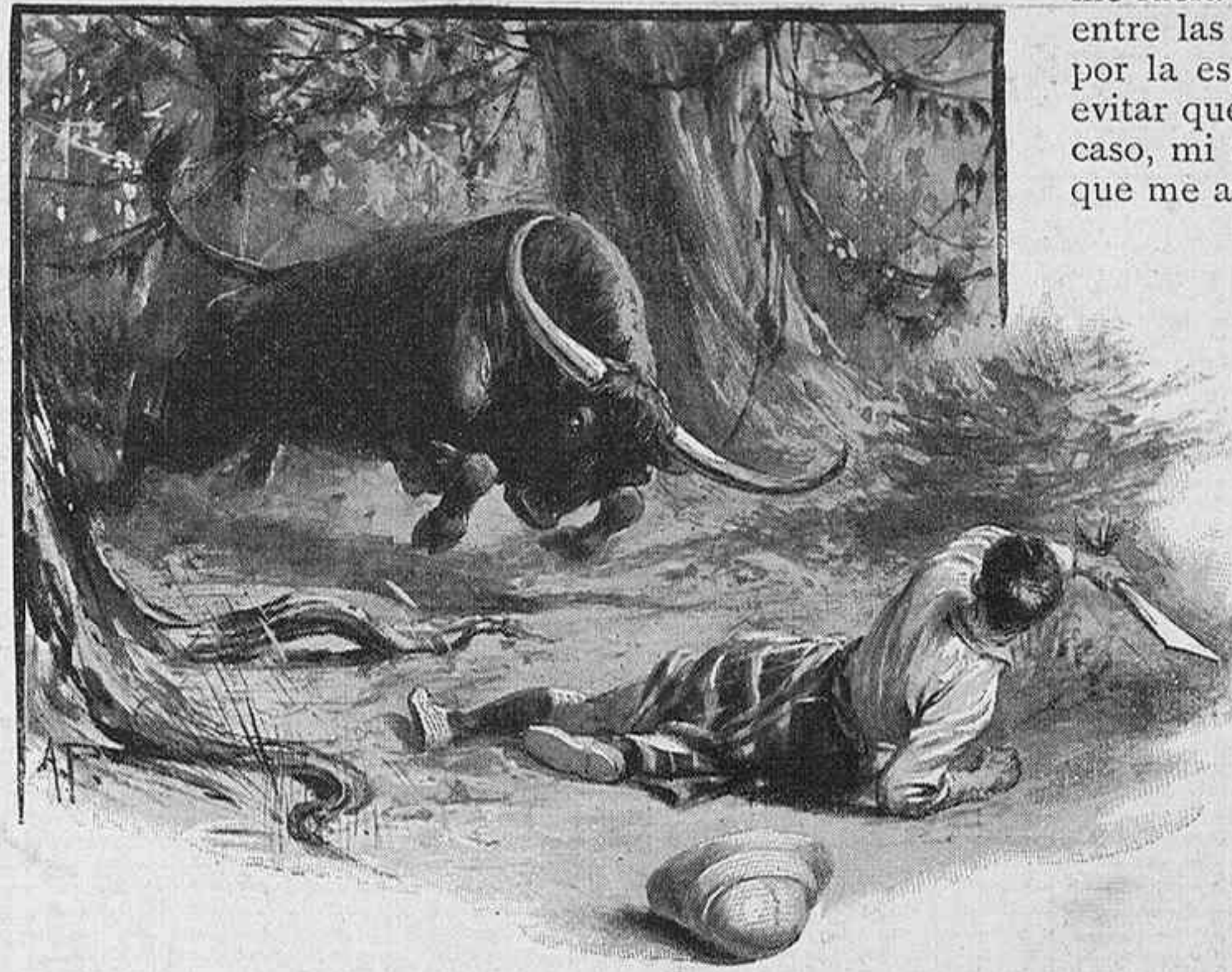
Cogió uno de los hombres, lo atrajo á la red y en un momento le destruyó la cara

quiso bajar del árbol y yo no podía. Por la mañana vimos la hembra muerta junto al macho, y mientras me bajaban del árbol, uno de los criados le disparó una bala en el ojo, por si acaso.

El orangután es con toda seguridad el más astuto y el más difícil de coger de todos los animales salvajes; tiene tanta fuerza solo como media docena de hombres reunidos.

Habiéndome pedido los directores del Jardín Zoológico de Amberes una pareja de dichos animales, cuando yo estaba en Landak, en la parte holandesa de la isla de Borneo, salí con una cuadrilla de malayos á ver si podía realizar ese encargo. Hay primero que hallar el árbol en el que ha construído su habitación; luego, mientras se le tiene asustado por el ruido que arman varios hombres colocados al efecto, hay que cortar los troncos de los árboles vecinos muy cerca del suelo, pero no del todo, sino de manera que empujando uno caiga sobre el inmediato y le haga venir á tierra y éste á otro y así sucesivamente todos en una misma dirección, contraria á la parte donde está el árbol del orangután, que de este modo queda aislado y el animal no puede escapar saltando de uno á otro.

Cuando ya se han tumbado todos los árboles, se despeja el terreno, en la dirección en que ya se ha determinado que caiga el árbol en donde está el orangután, y al pie del mismo se enciende una hoguera de hojas húmedas. El humo sofocante obliga al animal á subirse á lo más alto, y al mismo tiempo que se halla medio ahogado, se le asusta con tambores, cuernos y gritos. Se colocan hombres con una red de fuertes mallas en el lugar donde ha de caer la parte más alta de la copa. De repente el árbol viene al suelo, y mientras unos gritan y golpean la tierra con largos palos, otros tiran la red sobre el animal, deslumbrado y debilitado, encerrándole entre sus mallas y escapando lo más pronto posible.



Vi al animal volverse y dirigirse á mi bramando de cólera y dolor

Para dar cumplimiento al encargo recibido de Amberes, descubrimos en un árbol una pareja é hicimos los preparativos para cogerlos con arreglo á lo que se acaba de decir. Todo marchó á pedir de boca hasta el momento de echar la red sobre los animales, porque no anduve lo bastante listo para poner-

me fuera del alcance del macho. Sacó por entre las mallas su largo brazo, cogiéndome por la espinilla; me agarré á un árbol para evitar que me atrajese hacia la red, en cual caso, mi muerte era inevitable, pero parecía que me arrancaban los brazos del cuerpo, y un instante después solté las manos y me sentí arrastrado.

Viendo el peligro que corría, dos hombres vinieron en mi auxilio, y con sus largos palos, comenzaron á golpear el brazo del orangután, el cual, dando una vuelta á su muñeca, me rompió la espinilla como si fuera un pabillo seco y me dobló el pie hasta que el hueso salió afuera, perforando la carne. Felizmente me dejó; pero al hacerlo cogió á uno de los que habían venido á socorrerme, lo atrajo á la red y en un momento le destrozó la cara; el hombre cayó muerto. Inmediatamente cogió al otro con ambas manos, le abrió el cuello, ahogándole y rompiéndole las vértebras cervicales. Entretanto la hembra había matado á otro é hirió gravemente á dos más. Sin embargo, tuve la satisfacción de aprisionar á aquel par de fieras, pero me costó estar un mes en la cama boca arriba y quedarme para toda la vida con una hermosa cicatriz en la pierna.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Rambla de Cataluña, 14, entresuelo, Barcelona

VINO AROUD

CARNE-QUINA

el mas reconstituyente soberano en los casos de: **Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.**
Calle Richelieu, 102, París. — Todas Farmacias.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**

al IODURO de **HIERRO**
INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

DISTRIBUIDOR: BLANCARD & C^o, 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á
LAS SEÑORAS

EL **APIOL** DE LOS
JORET HONOLLE

CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SEGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la
entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite
dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

◀ ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE ▶
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias

HARINA
LACTEADA **NESTLÉ**

Contiene la mejor leche de vaca.
Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

BARCELONA Á LA VISTA. ALBUM DE FOTOGRAFÍAS INÉDITAS (Segunda serie). — Se han publicado los dos primeros cuadernos de este importante álbum, cada uno de los cuales contiene 16 vistas de los principales edificios, monumentos y sitios de Barcelona y sus alrededores. Al pie de cada vista va una explicación de la misma. Cada cuaderno se vende al precio de 30 céntimos en Barcelona y 35 en provincias. Publica la obra el inteligente editor barcelonés D. Antonio López.

ARTES INDUSTRIALES, por *Hermenegildo Giner de los Ríos*. — Laudable empresa es la realizada por el docto catedrático de esta Universidad y distinguido escritor, puesto que el nuevo libro que ha publicado está destinado á prestar señalados servicios. Obra de verdadera vulgarización, contiene en sus doscientas cincuenta páginas un caudal de noticias y antecedentes para poder apreciar el progreso de las artes industriales y la influencia que han ejercido en todas las épocas, singularmente en nuestra patria. En forma tan galana como precisa, ocúpase el Sr. Giner de los Ríos de todas las ramas que abrazan las artes suntuarias, desde la orfebrería á los tapices, desde los hierros á los vidrios, tejidos, mobiliario, etc., sirviendo de complemento á sus estudios la representación, por medio de hermosos grabados, de las producciones más ejemplares. El libro, que ha sido elegantemente editado por el conocido editor Antonio López, véndese en todas las librerías al precio de 3 pesetas cada ejemplar.

ARRÁN DEL CINGLE, por *J. Morató*. — Junto al abismo, que tal es la traducción del tí-



LA WALKIRIA, escultura de Esteban Sinding

tulo de la nueva obra publicada por el Sr. Morató, es una bella producción que honra á las letras de nuestra región. El autor revélase en ella como discretísimo novelista y hábil narrador. El asunto ó tema por él escogido entraña un problema social, constituye un drama de tan hondo sentimiento, que no cabe rehuir la impresión que su lectura produce, inspirada en una realidad que se presiente y adivina. Bien comienza nuestro excelente amigo y acertada la misión que se propone cumplir. Su labor merece aplauso, y no dudamos que ha de distinguirse y lograr, como otros escritores meritísimos de nuestro país, la notoriedad á que tienen derecho los que procuran contribuir al mayor florecimiento de las letras catalanas. Véndese el libro del Sr. Morató en las principales librerías al precio de 3 pesetas cada ejemplar.

GENT, por *R. Suriñach Sentís*. — Si en las producciones que ha publicado este ya distinguido escritor catalán se ha revelado como inteligente observador, en la obra á que nos referimos resulta avalorada esta cualidad por la belleza de la exposición y por su estimable sinceridad. Todos y cada uno de los cuadros que constituyen el libro son, á nuestro juicio, un á modo de estudio, una narración de hechos seguramente observados y expuestos con simplicidad, adaptada la forma literaria de manera que recuerda el verbo en que nos expresamos, sin incurrir jamás en la vulgaridad. Excepcionales aptitudes atesora el autor para el cultivo de este género de obras, puesto que señala con tal veracidad y tanto sentimiento las situaciones, que la lectura de alguno de los cuadros, cual acontece con el de la «Vetlladora,» impresiona vivamente. El libro, embellorado por una cubierta artísticamente dibujada por Opisso, véndese al precio de tres pesetas cada ejemplar.

AGUA LÉCHELLE**HEMOSTÁTICA**

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

BORIGINA MEISSONNIER

REMEDIO SOBERANO contra las Enfermedades de la PIEL y de las MUCOSAS, higiene del TOCADOR (Soins Intimes) EMPLEADA CON INMENSO ÉXITO en los Hospitales de Paris.

Para evitar las Falsificaciones, exíjase la caja al lado, entera y sellada.

DEPÓSITO: 17, Rue Cadet, Paris y principales Farmacias.

FRASCO 5 fr. en Paris
PUREZA-DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó **Leche Candès**
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et Co. 25 St-Denis, 18

PÍLDORAS MOUSSETTE
Neuralgias, Jaqueca, Ciática.

CLIN y COMAR — PARIS
En todas las Farmacias.
650

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

BOYVEAU-LAFFECTEUR ROB**CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL**

cura las

ENFERMEDADES DE LA PIEL

Vicios de la Sangre, Herpès, etc.

EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO.

Vendese en casa de **J. FERRE**, Farmaceutico, SUCESOR DE BOYVEAU-LAFFECTEUR, Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

Dentición**JARABE DELABARRE**

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faub' St-Denis, Paris, y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN